REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, SETIEMBRE 30 DE 1933 — No. 8

★ Historia Universal de la Infamia ★

El Impostor Inverosímil Tom Castro

★



ESE nombre le doy, porque bajo ese nombre lo conocieron por calles y por casas de Talcahuano, de Santiago de Chile y de Valparaíso hacia 1850, y es justo que lo asuma otra vez, ahora que retorna a estas tierras — siquiera en calidad de mero fantasma y de pasatiempo del sábado. El registro de nacimientos de Wapping lo llama Arturo Orton y lo inscribe en la fecha 7 de junio de 1834. Sabemos que era hijo de un carnicero, que su infancia conoció la miseria insípida de los barrios bajos de Londres y que sintió el llamado del mar. El hecho no es insólito. *Run away to sea*, huír al mar, es la rotura inglesa tradicional de la autoridad de los padres, la iniciación heroica. La geografía la recomienda y aun la Escritura (Salmos, CVII). *Los que bajan en barcos a la mar, los que comercian en las grandes aguas; esos ven las obras de Dios y sus maravillas en el abismo.* Orton huyó de su deplorable suburbio color rosa tiznado y bajó en un barco a la mar y contempló con el habitual *desengaño* la Cruz del Sur y desertó en el puerto de Valparaíso. Era persona de una sosegada idiotez. Lógicamente, hubiera podido (y debi-) morirse de hambre, pero su [illegible]vialidad, su perma-[illegible] y su mansedumbre [illegible]nciliaron el favor [illegible]lia de Castro, cuyo [illegible]ó. De ese episodio [illegible] no quedan hue-[illegible] gratitud no decayó, [illegible] en 1861 reaparece [illegible]a, siempre con ese [illegible]om Castro. En Sydney [illegible] tal Bogle, un negro [illegible] Bogle, sin ser hermo-[illegible]se aire reposado y [illegible]l, esa solidez como de [illegible]enier'a, que tiene el [illegible]gro entrado en años, [illegible]arnes y en autoridad. Tenía [illegible]segunda condición, que de-

[illegible]nados manuales de etno-[illegible] han negado a su raza: [illegible]urrencia genial. Ya veremos luego la prueba. Era un varón morigerado y decente, con los antiguos apetitos africanos muy corregidos por el uso y abuso del calvinismo. Fuera de las visitas del dios (que describiremos después) era absolutamente normal, sin otra irregularidad que un pudoroso y largo temor que lo demoraba en las bocacalles, recelando del este, del oeste, del sur y el norte, el violento vehículo que daría fin a sus días.

Orton lo vió un atardecer en una desmantelada esquina de Sydney, creándose decisión para sortear la imaginaria muerte. Al rato largo de mirarlo, le ofreció el brazo y atravesaron asombrados los dos la calle inofensiva. Desde ese instante de un atardecer ya difunto, un protectorado se estableció: el del negro inseguro y monumental sobre el obeso tarambana de Wapping. En setiembre de 1865, ambos leyeron en un diario local un desolador aviso.

EL IDOLATRADO HOMBRE MUERTO—

En las postrimerías de abril de 1854 (mientras Orton provocaba las efusiones de la hospitalidad chilena, amplia como sus patios) naufragó en aguas del Atlántico el vapor Mermaid, procedente de Río de Janeiro, con rumbo a Liverpool. Entre los que perecieron estaba Roger Charles Tichborne, militar inglés criado en Francia, mayorazgo de una de las principales familias católicas de Inglaterra. Parece inverosímil, pero la muerte de ese joven afrancesado, que hablaba inglés con el más fino acento de París y despertaba ese incomparable rencor que sólo causan la inteligencia, la gracia y la pedantería francesas, fué un acontecimiento trascendental en el destino de Orton, que jamás lo había visto. Lady Tichborne, *horrorizada madre* de Roger, rehusó creer en su muerte y publicó desconsolados avisos en los periódicos de más amplia circulación. Uno de esos avisos cayó en las blandas manos funerarias del negro Bogle, que concibió un proyecto genial.

LAS VIRTUDES DE LA DISPARIDAD. —

Tichborne era un esbelto caballero de aire envainado, con los rasgos agudos, la tez morena, el pelo negro y lacio, los ojos vivos y la palabra de una precisión ya molesta; Orton era un palurdo desbordante, de vasto abdomen, rasgos de una infinita vaguedad, cutis que tiraba a pecoso, pelo ensortijado castaño, ojos dormilones y conversación ausente o borrosa. Bogle inventó *que el deber de Orton* era embarcarse en el primer vapor para Europa y satisfacer la esperanza de Lady Tichborne, declarando ser su hijo. El proyecto era de una insensata ingeniosidad. Busco un fácil ejemplo. Si un impostor hacia 1914, hubiera pretendido hacerse pasar por el Emperador de Alemania, lo primero que habría falsificado eran los bigotes ascendentes, el brazo muerto, el entrecejo autoritario, la capa gris, el ilustre pecho condecorado y el alto yelmo. Bogle era más sutil: hubiera presentado un káiser lampiño, ajeno de atributos militares y de águilas honrosas y con el brazo izquierdo en un estado de indudable salud. No precisamos la metáfora: nos consta que presentó un Tichborne fofo, con sonrisa amable de imbécil, pelo castaño y una ignorancia inmejorable del idioma francés. Bogle sabía que un facsímil perfecto del anhelado Roger Charles Tichborne era de imposible obtención. Sabía también que todas las similitudes logradas no harían otra cosa que destacar ciertas diferencias inevitables. Renunció, pues, a todo parecido. Intuyó que la enorme ineptitud de la pretensión sería una convincente prueba de que no se trataba de un fraude, que nunca hubiera descuidado de ese modo flagrante los rasgos más sencillos de convicción. No hay que olvidar tampoco la colaboración todopoderosa del tiempo: catorce años de hemisferio austral y de azar pueden cambiar un hombre.

Otra razón fundamental: Los repetidos e insensatos avisos de Lady Tichborne demostraban su plena seguridad de que Roger Charles no había muerto, su voluntad de reconocerlo.

EL ENCUENTRO. —

Tom Castro, siempre servicial, escribió a Lady Tichborne. Para fundar su identidad invocó la prueba fehaciente de dos lunares ubicados en la tetilla izquierda y de aquel episodio de su niñez, tan afligente pero por lo mismo tan memorable, en que lo acometió un enjambre de abejas. La comunicación era breve y prescindía de escrúpulos ortográficos, como Tom Castro y Bogle. En la imponente soledad de un hotel de París, la dama la leyó y la releyó con lágrimas felices, y en pocos días encontró los recuerdos que le pedía su hijo.

El dieciséis de enero de 1867. Roger Charles Tichborne se anunció en ese hotel. Lo precedió su respetuoso sirviente, Ebenezer Bogle. El día de invierno era de muchísimo sol; los ojos fatigados de Lady Tichborne estaban velados de llanto. El negro abrió de par en par las ventanas. La luz hizo de máscara: la madre reconoció al hijo pródigo y le franqueó su abrazo. Ahora que de veras lo tenía, podía prescindir del diario y las cartas que escribió para ella desde el Brasil: meros reflejos adorados que habían alimentado su soledad de catorce años lóbregos. Se las devolvía con orgullo: ni una faltaba.



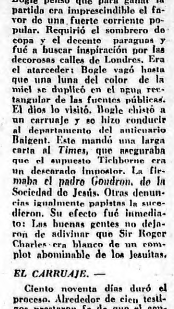


Bogle sonrió con toda discreción: ya tenía dónde documentarse el plácido fantasma de Roger Charles.

AD MAJOREM DEI GLORIAM—

Ese reconocimiento dichoso— que parece cumplir una tradición de las tragedias clásicas— debió coronar esta historia, dejando tres felicidades aseguradas o a lo menos probables: la de la madre verdadera, la del hijo apócrifo y tolerante, la del conspirador recompensado por la apoteosis providencial de su industria. El Destino (un conveniente nombre que aplicamos a la infinita operación incesante de millares de causas entreveradas) no lo resolvió así. Lady Tichborne murió en 1870 y los parientes entablaron querella contra Arthur Orton por usurpación de estado civil. Desprovistos de lágrimas y de soledad pero no de codicia, jamás creyeron en el obeso y casi analfabeto hijo pródigo que resurgió tan intempestivamente de Australia. Orton contaba con el apoyo de los innumerables acreedores que habían determinado que él era Tichborne, para que pudiera pagarles.

Asimismo contaba con la amistad del abogado de la familia, Edward Hapkins y con la del anticuario Francis J. Balgent. Ello no obstaba, con todo, Bogle pensó que para ganar la partida era imprescindible el favor de una fuerte corriente popular. Requirió el sombrero de copa y el decente paraguas y fué a buscar inspiración por las decorosas calles de Londres. Era el atardecer: Bogle vagó hasta que una luna del color de la miel se duplicó en el agua rectangular de las fuentes públicas. El dios lo visitó. Bogle chistó a un carruaje y se hizo conducir al departamento del anticuario Balgent. Este mandó una larga carta al *Times*, que aseguraba que el supuesto Tichborne era un descarado impostor. La firmaba el padre *Goudron*, de la Sociedad de Jesús. Otras denuncias igualmente papistas la sucedieron. Su efecto fué inmediato: Las buenas gentes no dejaron de adivinar que Sir Roger Charles era blanco de un complot abominable de los Jesuitas.



EL CARRUAJE. —

Ciento noventa días duró el proceso. Alrededor de cien testigos prestaron fe de que el acusado era Tichborne—*entre ellos*, cuatro compañeros de armas del regimiento seis de dragones. Sus partidarios no cesaban de repetir que no era un impostor, ya que de haberlo sido hubiera procurado remedar los retratos juveniles de su modelo. Además, Lady Tichborne lo había reconocido y es evidente que una madre no se equivoca. Todo iba bien, o más o menos bien, hasta que una antigua querida de Orton compareció ante el tribunal para declarar. Bogle no se inmutó con esa pérfida maniobra de los "parientes"; requirió galera y paraguas y fué a implorar una tercera iluminación por las decorosas calles de Londres. Ignoramos si la encontró. Poco antes de llegar a Primrose Hill, lo alcanzó el terrible vehículo que desde el fondo de los años lo perseguía. Bogle lo vió venir, lanzó un grito, pero no atinó con la salvación. Fué proyectado con violencia contra las piedras. Las patas mareadoras del jamelgo le partieron el cráneo.

EL ESPECTRO. —

Tom Castro era el fantasma de Tichborne, pero un pobre fantasma habilitado por el genio de Bogle. Cuando le dijeron que éste había muerto se aniquiló. Siguió mintiendo, pero con escaso entusiasmo y con disparatadas contradicciones. Era fácil prever el fin.

El 27 de febrero de 1874, Arthur Orton (alias) Tom Castro fué condenado a catorce años de trabajos forzados. En la cárcel se hizo querer; era su oficio. Su comportamiento ejemplar le valió una rebaja de cuatro años. Cuando esa hospitalidad final lo dejó — la de la prisión — recorrió las aldeas y los centros del Reino Unido, pronunciando pequeñas conferencias en las que declaraba su inocencia o afirmaba su culpa. Su modestia y su anhelo de agradar eran tan duraderos que muchas noches comenzó por defensa y acabó en confesión, siempre al servicio de las inclinaciones del público.

El 2 de abril de 1898 murió.

Ilustración de
RA[illegible] PAGNOLI

por
JORGE LUIS BORGES



La Soledad

por

Sara de Etcheverts

Ilustración de Güida

★

LAS ventanas están abiertas. Las seis de la tarde. A esta hora, todos los días, Hugo pide que le abran las ventanas.

Su mano flaca, desgarrada, se deja estar entre las mías, tenazmente. Miramos, una vez más, el valle. La sierra, que parece aguardar siempre algo, se hace espectral en la contemplación. Ya van para cinco meses que estamos aquí, en San Esteban.

Yo quiero hablar. Yo debo hablar a este hombre que no tardará en morir. Ahora, ahora mismo, porque mañana ya no será posible.

Virginia...

Me sumerjo en su mirada gris, desgarrada como sus manos, como su cuerpo, como su voz. Me inclino, amurallada por la soledad de mis palabras.

—Hugo...

Hablar, decirle, ahora que me mira, que esos cinco años de convivencia no le pertenecieron...

—¡Qué día para nacer de nuevo, Virhú!

Miro la sierra, las nubes que la asfixian. El calor enerva. Las piedras blancas, ardidas, exaltan caminos absurdos. Estoy tentada de dejar este cuarto de enfermo incurable y trepar con mis piernas fuertes y mi voz clara que quiere decir un secreto, libertar palabras y lanzarlas a los cuatro límites donde la cumbre crece en infinito.

—¡Virhú!

Virhú, lejana, forastera, que engarzó la primera sílaba de su nombre con la primera del de Hugo, superchería propia, exacerbada de una noche que no pudo ser de Hugo...

Hablar, librarme, ser perdonada, retornar a mi pureza. Desangrarme en palabras irreparables, pero claras, crepitantes. Nacer de nuevo, ser virgen de nuevo...

★

Llueve. El paisaje se vuelve sensible hasta el temblor. La mano de Hugo entre las mías, que arden como la suya. 39 grados: Hugo me está envolviendo, sumergiendo en su agonía.

—Virhú...

Su mirada se improvisa de realidad. Me mira. Me desnuda con esos ojos acelerados por el deseo. Presiento su larga, torturada voluptuosidad de enfermo.

—¡Chiquilina mía!

Me libro de esos dedos que no hacen más que retorcerse, de sus ojos que llamean, resecos. Ah! Si él me arrastra en el acceso, tendrá la revelación de mi vida, de mi verdadera vida, montada con un engranaje meticuloso de mentira, de perversidad, de ignominia, de egolatría.

—Hablemos, Hugo; quiero hablarte.

Me sonríe, blanco, calcinado. Su mirada se improvisa fuerte, casi dominadora. ¿Llegará a reducirme?

—Me cansa hablar, Virhú.

Se contiene. Ya no sonríe. Se ausenta, se escamotea, totalmente. Silencio; un silencio frío, ceñido de soledad: mía y suya.

Algo se levanta, se mueve, echa a andar: los ojos, los ojos de Hugo, arrojados por el delirio.

—Más cerca, Virhú.

Aguarda mi caricia, mi pasividad, la farsa sostenida tan admirablemente durante cinco años. Intenta abrazarme, pero su cabeza cae sobre la almohada.

—¿Te acuerdas, Virhú?

Me pierdo, sus palabras me pierden. Si recuerda, si se atreve a sugerir, todo el pasado, en desprendimiento de episodios, se hundiría. Y en este momento, tengo miedo... Y como tantos días y noches, mis hermosos labios rojos mienten para crearle la nueva realidad.

—Adelante, Hugo, hay que mirar de frente.

Sonríe, blandido por una esperanza. Un caudal de vida nueva llena sus pulmones perforados.

—Soñemos, viejo. La vida es nuestra, más linda que nunca.

—Viajaremos, Virhú.

—Donde quieras, haremos lo que tú quieras.

Soñar es crear. Yo estoy creando una vida que no vendrá nunca y que no podremos compartir jamás.

Sobre esa mentira, asentada con un beso por demás viviente, Hugo se duerme, aprendiendo a morir.

★

La fiebre ha bajado algo. Estoy libre por algunas horas. Me quedo a su lado. Ahora soy yo la que recuerda, la que tiene la voluptuosidad de recordar. Sola, mi cabeza rozando la suya, sobre la misma almohada.

Mis ojos se clavan en la sombra y mi silencio se realiza como una visión en la soledad de las palabras nunca dichas. "Cinco años de convivencia, Hugo. Te parecieron hermosos, bien saciados. Pero ya estaba a muchas leguas de tí. Nunca nos comprendimos. Y en el andar de los días, en la vida en común, regulada como un horario, yo, en evasión de mi fracaso humano frente a tu indiferencia y a tu egoísmo, frecuenté otro círculo. Un nombre surge, invasor, integral: Gerardo. Y sentí que mi personalidad de mujer se expresaba por primera vez...

"Debí haber hablado entonces, Hugo. ¿Por qué no lo hice y seguí el destino aventurero de ese hombre, que respondía más a mi naturaleza que esta vida sedentaria en la que los dos no hacemos más que morir un poco todos los días?

"Sí, Hugo, la vida me expresaba! Me hice mujer en una improvisación fogosa hasta alcanzar la plena realización. Ya no fuí la chiquilina de tus caprichos y de tus reacciones maniáticas de voluptuosidad mental. Fuí más joven, más vibrante, llena de repercusiones. Y aquí la infamia: al contacto de esa vida desbordante que surcaba mi sangre y mi espíritu, tú, Hugo, tú también vivías más precipitadamente, contagiado por mi impaciencia y por mi delirio de vivir... Y tuviste la esperanza más recia: superarte, ser más que tu enfermedad para volver a vivir en otra expectativa y creer en la vida con la fe constructiva de mi amante sano y soñador...

"Me admiraste, creíste hallarte frente a una revelación de mujer completamente ignorada, a un maravilloso ser carnal cuyo resurgimiento te pertenecía por completo. No suponías mis tardes escamoteadas, ni llegaste a ver la máscara de plata que yo me ponía para recibir tus caricias.

★

"No tardará en aclarar y Hugo no despierta. Siempre, por todo, como un bloqueo de sombras y de rumores imprecisos, el sueño de Hugo, y yo, en la soledad de mis palabras...

"Me inclino hasta rozar la frente de mi marido con mis labios. Y ahí, en esa claridad tibia, siguen saliendo las voces de tantas cosas que nunca serán oídas...

"No te acordarás ya, Hugo, pero yo sí: tú gozaste, como hubieras gozado con el nacimiento de un hijo, de mi advenimiento de mujer... Te sabías dueño porque tenías parte de mi vida en tus manos y eso te bastaba para saciar, ampliamente, tu vanidad viril. Pero detrás de tu pequeña felicidad, él, el otro, el creador, tenía que vivir su pasión al margen, conformarse con las horas escasas que yo le podía dar, hacer de la verdad de su vida un simulacro, una apariencia, una ficción. Hasta que no se resignó y se fué en la tremenda derrota sin lucha...

"Tal vez me espere. Ahora que tú partirás también, con una sonrisa de felicidad, la que yo te contagié, iré a su encuentro. Eso no significa gran cosa para tí. Cinco años de sacrificio envejecen el corazón de un hombre y la ilusión de una mujer.

"Sí, volveré a él para que me torture. El no hará más que esgrimir tu fantasma a toda hora; lo conozco. Siempre sentirá en carne viva, en carne roja, la hora de mi deserción: lo dejé partir para quedarme a tu lado. Y con ese tormento de los dos, tu imagen blandida por medio, marcharemos hacia nuestra vejez, hacia nuestra muerte, hacia el retorno total a tí...

"Y ahora, yo te pregunto, Hugo: ¿he sido culpable? Yo amé y el amor en mí nació maldito. Lo que pudo ser una fuerza pura, se hizo fraude y traición. La vida me llenó de posibilidades, de las que no supe aprovechar más que un cuarto de hora de delirio. Porque aquella plenitud, aquel gozo creador no volverá..."

. . . .

Aclara. Un día menos para todos, Hugo...



El Funesto 13

★ ★

ERA de noche en el barrio de los negros. La calle Caracas, corta y tajante como una cuchilla, se iluminaba con las lucecitas de las casas de madera o latón, que abundan en aquel barrio. Casas primitivas, como las tolderías de Africa, las cuales encierran colonias de negros.

Juan Aparicio regresaba a su casa, borracho. Tropezó con una columna de tranvía, insultó a otro negro que estaba parado en la puerta del almacén; pero no se atrevió a arremeter al almacenero, al cual todos los blancos insultaban; un respeto casi religioso, de raza a raza, detuvo su lengua en el momento preciso en que iba a decir: ¡caray!

Siguió insultando al aire, insultando a Mandinga, el diablo negro, insultando a su mujer, a sus hijos...

Y continuó de ese modo, haciendo eses, haciendo equis con los pies. Mirada de arriba su silueta debería parecerse a la de un bailarín de jazz-band cabriolando con las piernas sobre el piso luminoso de un escenario.

Llegó a la casa que tenía el número trece de la calle Caracas. Miró el número con asombro, porque lo vió más negro que nunca y más grande, también. Aquel número se agigantaba, crecía. Lo vió de pronto como una culebra que se enrosca sobre sí misma; lo vió, después, como un signo de interrogación y una llave; lo vió como una hormiga caminando con un palillo a cuestas, con un palillo más grande que ella; lo vió como el palo mayor del buque negrero que trajo a su bisabuelo a tierra de América. Nublósele la vista y no vió más.

Y con desesperación y rabia dijo:

—¿Por qué seré yo, el negro más hundido de todo este neglerío? ¿Por qué ha de tocarme a mí el número trece de esta calle de porquería?

Y subiendo de nuevo la empinada cuesta de la calle Caracas, volvió al almacén de la esquina, gritando con voz ronca y descompasada:

—Leme otra giniebra.

Y a esta ginebra siguieron otras y otras... Regresó por la calle Caracas. Conoce el camino como un baqueano puede conocer la topografía de una región. Su equilibrio se hacía inestable, pero él no perdía la huella; seguía el camino de su casa, como seguimos el perfume de una mujer en la calle.

Otra vez ante el número 13.

Las cavilaciones desaparecieron para dejar lugar a una resolución férrea, robustecida por las cinco o seis ginebras bebidas de suplemento en el almacén, una resolución que le gritaba ¡adelante! y luchaba contra todas las supersticiones de los negros; una de esas resoluciones que vencen a los hombres de su raza a pesar de todas las dudas, de las indecisiones racionales, de los vanos temores, una resolución que le dijo imperativamente: ¡Entra!

Y el negro entró.

Abrió la puerta, que ninguna resistencia ofreció a la presión suave de los dedos, pues la había dejado abierta.

La única pieza-casa donde moraba la familia, era pequeña. Allí dormían su mujer y los hijos estirados en sendas camas. La mujer reposaba a pierna suelta en una cama de dos plazas, y los negritos, en otra, todos juntos, arrolladitos y encogidos de frío.

El negro Juan no veía nada. Su vista se nublaba y un redondel brillante la ocupaba. En lugar de una mujer veía dos mujeres, en vez de cinco, diez hijos; pero nada de eso le inquietaba, ni se suponía siquiera polígamo como sus antepasados de Africa.

Sin abrir la cama, se tiró al lado de la negra y quedó profundamente dormido abrazado a ella, y con los ojos cerrados dirigidos hacia el cielo del techo.

★

Etelvino Núñez vivía en el número 13 de la calle Caracas. La casa, como todas las de aquel barrio, era de lata y una sola pieza no muy amplia servía de alojamiento a su numerosa prole, compuesta de cinco negritos y a su esposa, llamada Isidora, una negra joven de cimbreante figura y finas piernas.

Aquella noche, Etelvino, portero de uno de los Bancos más importantes de Montevideo, regresaba rumbo a su casa. Había estado jugando a las cartas con unos amigos en un cafetín de la calle Colonia y regresaba alegremente, silbando un tango. Contó vintenes sueltos y dos ajados papeles de un peso y toda su mugrienta plata sumaba tres pesos. ¡Tres pesos! Tamaña fortuna para el día de mañana: chocolate y juguetes para los negritos y chafalonía para la patrona!

Al llegar cerca del número 13 recordó que había dejado la puerta abierta. No lo haré más, pensó. ¡Es peligroso dejar la casa de un hombre honrado, por más pobre que sea, a merced de cualquier ladrón, y además, el número 13 puede traer desgracia!... De pronto recordó una canción:

Yo me llamo Francisco Moreno
que me vengo de confesá
con el cura de la parroquia
que me entiende la enfemelá
Corumbé. Corumbé. Corumbé.

—¡Qué contenta se va a quedar negla Isidora con tres pesos pa mañana! —agregó.

Las manos empujan la puerta suavemente. Las manos del negro, que son como manchas negras en la noche. Cinco dedos ávidos abrieron la puerta, ayudados por la palanca del brazo. El frío cortaba las narices y la helada blanqueaba como un poncho arrojado en medio del campo. Allá lejos, el cementerio del Buceo parecía una gélida calavera. Un afán de hogar tibio y dulce movía aquellos dedos.

La puerta se abrió sin mayor esfuerzo y los ojos del negro Etelvino dilatáronse de asombro. Cada vez más desorbitados, eran ya dos ruedas luminosas girando en la sombra.

Allí, en su casa, en la cama, acostado con su mujer y abrazándola indolentemente, boca arriba, estaba el negro Juan Aparicio, el negro trompeta y borrachín del número 40, de la calle Caracas.

—¡Ah! negro bandido, dormido como estás, te voy a enseñar a destruir hogares, sabandija del diablo!

Más rápidos que las palabras fueron los movimientos.

El negro sacó un cuchillo que siempre lo acompañaba, y sin más preámbulos, se lo hundió certeramente en el corazón de Juan Aparicio.

Juan Aparicio, con estertor de sapo aplastado, arrojó sangre por la boca y quedó frío para siempre.

La negra Isidora, chillaba proclamando su inocencia; pero Etelvino, solemnemente, como única y lacónica contestación, le dijo:

—Felicitate que no te mato a vos, también, cornuda.

Al siguiente día, el barrio entero comentaba:

—Pero, mirá la negrita Isidora, tan callada que se la tenía.



ILDEFONSO PEREDA VALDES

ILUSTRACION D' GUEVARA



Un Auto de Fe

EL dinámico Domingo de Guzmán —venerado más tarde como Santo Domingo— espíritu organizador y de empresa, fué el verdadero creador del Santo Oficio y no sólo trazó las bases de la institución, sino que fué hombre capaz de llevar la idea al terreno de la práctica.

Oriundo de Castilla la Vieja, su carácter inquieto lo llevó a otras tierras y hallándose en Francia, hacia el año 1200, obtuvo permiso del Papa para convertir y combatir a los Albigenses. Los misioneros, con ánimo beatífico, se pusieron en campaña tratando de obtener la conversión de los herejes mediante el empleo de los medios de persuasión y de paz que sus sencillas mentes les indicaban.

La conversión pacífica y apostólica fué de escaso resultado práctico. Así lo comprendió Domingo de Guzmán, quien, convencido de que por tales medios poco o nada se lograría, obtuvo autorización del Pontífice para iniciar la campaña violenta contra los enemigos de la fe, organizando e implantando el terror religioso en el mediodía de Francia.

La autorización papal no comprendía la facultad de aplicar penas, debiendo los religiosos poner a disposición del poder secular a los convictos de herejía.

Dentro de tales normas, Domingo de Guzmán organizó la Santa Inquisición, que, como indica su nombre, se concretaba a obtener confesiones de los inculpados, llegando más tarde a la aplicación de sanciones penales, siendo la ejecución de las sentencias materia librada a las autoridades civiles. Dictó a tal efecto reglas de enjuiciamiento que formaron un verdadero cuerpo de leyes procesales, en las que la tortura, de común aplicación en la época, era empleada como arbitrio para la rápida obtención de confesiones.

Si bien el movimiento tuvo su origen en Francia, no fué mayormente difundida la Inquisición en este país, pues sus gobernantes tuvieron la visión de la funesta influencia de este Tribunal y cortaron de raíz su poderío por medio del edicto de Romorantin, obra de una de las grandes figuras de la vieja magistratura francesa.

Fué su autor Miguel del Hospital, de quien se cuenta que habiéndosele exigido que pusiera su firma en la sentencia de muerte del príncipe de Condé, supo exclamar: "Yo sé morir, pero no deshonrarme". Y no firmó la injusta condena.

A raíz de la conjuración de Amboise, los Guise quisieron implantar la Inquisición, pero Miguel del Hospital consiguió disuadirlos de tal idea haciéndoles ver los males que acarrearía, salvando, por tanto, a Francia, de la tiranía del sombrío Tribunal.

Entre otras medidas de sana justicia, el edicto de Romorantin ordenaba que, si bien la autoridad civil no debía mezclarse en asuntos de la conciencia, los obispos y curas debían conducir a los descarriados por medio de buenas razones y de nobles ejemplos. Castigaba, además, con la pena del Talión, a los autores de denuncias calumniosas.

El edicto salvó a Francia del flagelo que azotó a España desde el siglo XIII hasta el XVIII.

La ejecución de las condenas se hacía en acto público rodeado de solemnidades a fin de que la expiación fuera intimidatoria y ejemplar. Estos ceremoniales han sido denominados Autos de Fe.

El 21 de marzo de 1559 tuvo lugar en Valladolid uno de los más renombrados.

La plaza del Mercado presentaba el aspecto de los días de grandes acontecimientos. Puede decirse que la población en masa concurrió a presenciar el grandioso espectáculo que fué presidido por la princesa Doña Juana, hermana de Felipe II, y Don Carlos, príncipe de Asturias, asistido por su mayordomo, el preceptor, e innumerable séquito de príncipes y señores y nutridas filas de caballeros y cortesanos.

Además, las autoridades civiles y eclesiásticas, las más encumbradas damas de la Corte y militares de rango ocupaban lugares de preferencia en los balcones del Ayuntamiento y no quedó el menor espacio disponible en los engalanados ventanales de las casas circundantes.

Dada la magnitud del acto y por tanto su presunta duración, la ceremonia comenzó a las seis de la mañana, iniciándose con el sermón de fe, predicado por Fray Melchor Cano, seguido por el solemne juramento tomado por don Francisco Baca a la princesa Doña Juana y al príncipe de Asturias, por el que se comprometían a prestar ayuda al Santo Oficio, a no entorpecer los fines de la Santa Inquisición y a darle exclusiva jurisdicción sobre todos los sospechados de herejía.

Después empezó el lento desfile de los condenados, los que, saliendo de la Cárcel Inquisitorial, desembocaban en la plaza del Mercado, rodeándola, ascendían después a un estrado levantado a la derecha del Ayuntamiento, a fin de que oyeran la lectura de sus sentencias por el Procurador Fiscal, dirigiéndose por fin al lugar de los suplicios y ejecuciones.

Los condenados, en número de treinta, desfilaron con un cirio en la mano, acompañados por dos padrinos que los exhortaban, y aquellos que debían ser quemados en la hoguera iban, además, revestidos con sambenito y tocados con una coraza, como símbolo de infamia.

Algunos inculpados que se hallaban prófugos, fueron condenados en efigie y representados en el cortejo por imágenes elevadas en un asta con sus hábitos de infamia, y como la justicia inquisitorial no encontraba barreras en la mu[...] figuraba en el silencioso desfile un at[...] teniendo los despojos de Doña Leonor [...]ro, madre de cinco de los condenados[...]

A continuación el procurador fisc[...]tura de las sentencias indicando el gén[...]na que debía sufrir cada uno de los co[...]

Eran éstos: El doctor Agustín de [...] clérigo de Valladolid, predicador que fué [...]perador Carlos V, convicto de propagar [...]gión luterana, condenado a ser degradado [...] sagradas órdenes, a ser quemado en la h[...] y todos sus bienes confiscados a favor d[...]to Oficio. Francisco de Binero, clérigo, c[...]do a iguales penas; Blanca de Binero, [...] del anterior, con idéntica condena; Juan [...]nero, condenado a prisión perpetua. Entre o[...] condenados, Alfonso Pérez fué enviado al verdugo; doña Mencía de Figueroa, condenada al sambenito; don Pedro Sarmiento, caballero de Alcántara, condenado a ser marcado; don Luis de Rojas, gracias a poderosas influencias, debía recorrer la ciudad una sola vez revestido de sambenito; Antonio de Hueznelo, Catalina Román, así como muchos otros, fueron entregados al verdugo. Los bienes de todos los condenados fueron confiscados y catorce, de entre los treinta, fueron puestos en contacto con la muerte.

Como el Santo Oficio no ejecutaba las sentencias, los condenados, una vez terminadas las actuaciones procesales, eran entregados a los magistrados del poder civil y a sus verdugos, sin que la justicia ordinaria modificase jamás las resoluciones del Tribunal religioso, siendo tan sólo una dócil ejecutora de las decisiones de éste.

Una vez notificados de la sentencia, los encargados de cumplirlas hacían cabalgar a los condenados sobre unos asnos, y los conducían hasta el lugar del suplicio, fuera de la Puerta del Campo.

En esta oportunidad, catorce garrotes esperaban en ese lugar a los condenados, los que fueron estrangulados previamente y después arrojados sus despojos en la hoguera hasta ser reducidos a cenizas. Se procedió con ellos "a la manera española".

Hubo una sola excepción a esta forma de morir. El bachiller Antonio Hueznelo, que había repudiado la autoridad papal antes y después de su prisión, fué condenado a ser quemado vivo aherrojado al garrote como conveniente expiación a tanta contumacia.

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

★ Viñolianas ★

Por el mundo andan sueltos muchos hijos ilegítimos, aunque el Registro Civil diga lo contrario.

★

Los niños son adorables, siempre que la madre se ocupe de ahuyentar ese penetrante olor de la infancia.

★

Los únicos que se mantienen fieles entre sí, a través del tiempo, son los idiotas. El de actualidad es idéntico al del siglo XIV.

★

Se odia ardorosamente al que tiene un automóvil, hasta que uno cae en "eso", eso de tenerlo.

★

El único gremio que se rehusa a cumplir el sábado inglés es el gremio de los canallas. Trabajan hasta los domingos!

★

El lugar donde nací me quedaba chico, por eso me fuí a dar una vuelta a la manzana, por el mundo.

★

Toda muerte llega pronto, aunque demore.

★

Si los próceres que están en las estátuas pudieran bajarse de ellas, más de una vez el viandante los sorprendería conversando con las mucamas, que buscan "esparcimiento" en las plazas públicas.

★

La única ventaja que tiene un hombre de Estado, cuando llega al mármol, es que no suda.

★

La mejor manera de evitar que nuestros hijos no sean explotados por los patrones, es no enseñarles ningún oficio.

★

Si mi padre fuera de fortuna, lo demandaría por daños y perjuicios. No ha tenido derecho a gravarme con esta carga social, que me impide trabajar honestamente.

★

La justicia es buena y existe, pero es sumamente informal. No acude jamás a la hora de cita.

★

La policía es una institución que ensucia las manos de los hombres, para cerciorarse si tienen la vida limpia.

★

El hombre podría hablar consigo mismo si tuviera quién le escuchara.

★

El talento sería maravilloso si no existiera la tragedia de evidenciarlo.

★

La infelicidad que tenemos los que cometemos literatura, la evidenciamos en que queremos ponerle idioma a las cosas que han sido puestas al mundo para que se desempeñen mudas.

★

Castelar, ¡el pobre!, se [...] haciendo gárgaras con el idioma castellano.

★

La locura es un caballo que quiere caminar panza arriba.

★

El diablo es un acaparador mayorista de carbón.

★

Se puede vivir sin apendicitis, pero lo que no se puede es existir sin que nos engañen.

★

La campaña está seca, como si la Legislatura hubiera dado una conferencia por radio.

Omar Viñole

Dibujos de Rodríguez

LAS TRES CONFUSAS BORRACHERA



por FRANCISCO ESPINOLA

ILUSTRACIONES DE RECHAIN

PARO la oreja Sosa al oír exclamar al desconocido:

—¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!

Sosa ni caso había hecho cuando, media hora antes, vió recortarse en la puerta del despacho de bebidas al escuálido forastero. Siguió absorto, entre una sensación penosa que lo embargaba frecuentemente. Mas, al rato, cuando, al separarse el tabernero, oyó al otro cerrar la conversación con "¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!", la sensación, de golpe cambió de efecto. Y comenzó a reconfortarlo algo así como un desahogo. ¡Con qué extraña dulzura había sido pronunciada la frase! Sin rabia, sin rencor... a nadie culpaba. Cual si de las desgracias del mundo los hombres no fueran responsables.

—¡Eso es lindo! — se dijo para sus adentros Sosa

Y le pareció que rozaba todo su cuerpo escuálido contra un muro sin fin de largo y de color gris pizarra.

Con interés afectuoso, observó. El desconocido era casi tan alto como él ¡Y él era largo, sin grupo! Y, como él, flaco. Lampiño y él tenía bigote. De botas raídas, y él con alpargatas. Los pantalones, a lo mejor, eran casi a media pierna, como los suyos. Pero con las botas, los extremos no se veían.

—A ver, caballero, ¿qué se va a servir?

El otro se tornó hacia Sosa y miró en derredor. El invitado era él, porque allí no había más nadie.

—Otra caña, — accedió posando en Sosa su bondadoso mirar.

El patrón, negro, ya viejo, de encasquetado sombrero muy copudo, sirvió, sin decir palabra; llenó asimismo su gran "vaso particular", y tornó con él al rincón donde, entre el mostrador y la desmantelada estantería, sobre una mesa pequeña, escribía entre borrones una carta que cierta muchacha de la barriada le encargó para el amor que estaba preso. Además de sombrero, tenía lentes, el negro. Unos lentes de níquel, comprados de ocasión, cuando el vendedor le hizo comprender que tenía la vista "cansada".

—¿El señor es forastero?

—Es verdá. Vengo de Santa Ecilda. Y medio ando por encontrar conchavo en la curtiembre 'e los Bastos.

—¡Güena gente, sin despreciar!

—¡Salú!

—¡Salú!

Entró un perrito al bodegón. Y tras él una mujer muy llamativamente acicalada que, mientras compraba, buscó inútilmente, con los ojos, la mirada de los que estaban allí.

—¡Este hombre es muy gente! — pensaba Sosa. Y comprendió que estimaba al desconocido con un cariño sin tiempo.

Cuando la mujer salió, sin conseguir por un momento despertar la atención de los amigos, Sosa se había alejado un poco de sus pensamientos, pues le andaban en la mente un carrito de pértigo y una yegua tordilla sobre la cual se vió salir del monte con una carga muy grande. Pero volvió, esta vez con ellos, al hombre que tenía enfrente. Y dijo:

—Yo tengo un carro y una yegua, caballero. Me la rebusco montiando y vendiendo leña en el centro. Yo, el carro y la yegua, estamos a la disposición.

—Se agradece en lo que vale. A ver, don, sirva otras.

Sobre el mostrador pendía una lámpara tufienta. Las sombras de los amigos se achataban. Ellos callaban. Bebían caña.

Sosa sentía algo imposible de expresar, pero que era como el desarrollo de aquel "¡Qué lástima, qué lástima que la gente sea tan pobre!" que le había hecho parar la oreja. O, tal vez, era un "¡Qué lástima!", sólo, que crecía y embargaba todas las cosas del mundo, y con ellas subía, más allá de las nubes, y las mostraba a alguien capaz, si mirara, de acomodarlas mejor. Con el pulgar y el índice, acariciaba los pelos del bigote sobre ambos lados del labio.

Se oyó el pitar de un silbato. Otros, lejos, sonaron también. De la calle llegaron voces jaraneantes. Y una voz de mujer, clara y metálica. Más atrás, del fondo de la noche, ladridos. Y el jadeo de una locomotora iniciando su marcha.

El patrón, en un instante, al beber un gran trago de su caña, los miró fijo. Pero sin verlos. Abstraído, inclinado a un costado el sombrerazo para rascarse las motas todavía grises. Era que, escribiendo cada vez con más empeño, se inquietó, de súbito. Al principio de la escritura el corazón se le había ido conmoviendo, secretamente. El nunca escribió cartas. No tenía a quién. Y esto que hacía a pedido venía tan bien con lo que podría confiar a un amigo lejano, si lo tuviera, que, repitiendo un gran sorbo de caña, corría sobre el papel, despacio, tembloroso, como algo íntimo: "... cosas marchan muy mal. Viene muy poca gente. Ya los tiempos de antes se fueron. No se gana ni para la comida. Yo creo que los tiempos de antes no volverán nunca más".

El negro vaciló. Se alejaba de las palabras de la muchacha. Pero continuó, atraído como por una voz que lo llamaba desde el fondo de su ser. "Y cuando no hay nada al lado, cuando no hay nadie al lado, entonces se piensa en cuando la niñez. ¡Tan linda que era!".

Algún recuerdo muy hundido fué tocado por esta frase, y manoteó y arrojó de nuevo a la conciencia la imagen de la muchacha y sus palabras. Lo que tenía que seguir, era: "Ayer pasé la visita médica con muchos nervios. Pero, gracias a Dios...". Y esto lo volvió a la realidad. Ahí fué que el negro se puso inquieto. Inclinó a un costado el sombrero para rascarse las motas. Sin verlos, miró a los dos largos contertulios. Dejó la pluma... Se quitó los lentes. Llevó a los labios su gran "vaso particular". La vista le oscilaba.

—Otra güelta, haga el osequio.

Estaban bastante cargados.

Después de servir, el tabernero volvió a su pequeña mesa. Y por no recordar el acongojante giro que había tomado la carta, comenzó a turbarse con cosas menos crueles. Las manazas sobre el manchado papel, ante el temor reciente y bienhechor a un pedido de fiado, o a una fuga intempestiva, o a un seco "Aquí no pagamos y se acabó", se puso a la expectativa.

—Yo, en seguida, me dí cuenta, Juan Pedro, que usté era una persona gente — confiaba Sosa al que acababa de revelarle el nombre.

Juan Pedro sonreía. Y posaba en su reciente amigo — alto, flaco, pantalón a media pierna, todo como él, si no tuviera botas, — posaba una mirada tan dulce que casi no miraba nada. Y vuelta a aparecérsele a Sosa el carro y la yegua tordilla. Y vuelta a llevarlos hacia su compañero.

—Usté, Juan Pedro, cuando quiera la yegua, va a mi casa y la saca. ¿Pita otro, Juan Pedro?

Juan Pedro, ya con las manos muy torpes, lió un cigarro, encendió y dejó salir de toda la boca el humo.

—Usté, cuando la precise, va no más, a mi casa y saca la yegua. Y si yo no estoy, la saca, lo mismo. Y si la yegua no está, la saca lo mismo.

Esto de sacar la yegua aunque la yegua no estuviera, conmovió profundamente a Juan Pedro. No advirtió que faltaba la yegua. O le pareció que la yegua podía estar y no estar. Lo cierto es que si la yegua no está, la saca lo mismo", se le quedó bien grabado y fué lo único que permaneció firme entre cosas que ya comenzaban a tambalearse. Volvió a mirar a su amigo. Pero apenas si lo veía. Mirando para afuera, se veía él, él solo, ya. Hasta la perenne sonrisa se le daba vuelta. Como si se le hubiera hecho convexa.

—La yegua es suya, amigo Juan Pedro — seguía Sosa, implacablemente generoso, con los ojos apagándose.

Juan Pedro ya no resistía tanta bondad. ¿Qué podía dar él en retribución a aquel corazón fraterno? ¿Qué podría decir, al menos? Juan Pedro tenía ganas de llorar como un niño. Cierto caballo, de que una vez fué dueño, se le apareció. Era un caballo zaino. Lo vendió al llegar a Santa Ecilda porque, por desgracia, ¿para qué quería caballo en aquel pequeño villorrio? Cuando comprendió para qué lo quería — para quererlo, precisamente — era ya tarde. Se había gastado la plata en las pulperías. Y el caballo zaino siguió con un tropero, hacia la Tablada. Y pasó de regreso a los siete días. Y volvió a cruzar como al mes. Hasta que tropero y caballo desaparecieron. Un caballo es un amigo. El vendió a su amigo. El se chupó la plata. Y el amigo pasaba, repasaba. Y él, a veces, ni plata tenía para emborracharse a cada pasada y, sobre todo, cuando no pasó más.

—La yegua es suya...

—No, compañero, la yegua es suya.

El negro, con inquietud, se acomodó el sombrero y trajo otra vuelta.

—Es suya, le digo.

—¡No, no, Sosa! ¡No, no! ¡Es suya!

—¡Es suya, amigo!

—¡No, Sosa, no!

Y los ojos le ardían de lágrimas.

—¡Vamos, vamos, compañero. ¡La yegua es suya!

—¡No, no es mía, no es mía!

—Es que usté no entiende lo que le quiero decir — advirtió Sosa por fin.

Bebió un trago, arrimó un fósforo a la apagada colilla y explicó, recalcando las palabras:

—Yo, lo que le quiero decir...

—Juan Pedro, esforzándose, aguzó el oído. El negro echó atrás el sombrero y se inclinó anhelante, desde su observatorio.

—¡Yo, lo que le quiero decir, es que la yegua es suya!

Juan Pedro, vencido, abrió los brazos. Y los dos amigos se estrecharon, palmeándose las espaldas, bajo los ojos del patrón, cuyo espíritu había caído como en un remolino y no hallaba nada en qué agarrarse.

Un indiecito, al entrar, se detuvo contemplándolos, también. Pero, convencido de que no había pelea, se aproximó al mostrador, pidió un vino y lo bebió sin respirar.

—La puerta e Josefina ta cerrada. ¿Ta enferma o ta presã?

—Plesa — contestó el negro, después de un silencio, porque la pregunta tardó en llegar y la respuesta en salir.

De inmediato, sin embargo, el pulpero tuvo la sensación de que lo habían sacado como de un sumidero.

Pagó el indio. Salió. Entre sus risotadas, ya en la calle, se oyó una voz de mujer:

—¡Salga de aquí, zafado!

La que esto dijera, entró riendo. Era delgada y fina. Con los ojos fijos en los escuálidos seres que de nuevo estaban apoyados en el mostrador — uno de bigote, alpargatas, pantalones a media pierna; el otro sin bigote y con botas, — solicitó una botella de guindado.

—¡Cómo ladraban los perros, lejos, desde el fondo de la noche!

—¡Yo soy así! ¡Yo soy así! — sostenía Sosa golpeándose el pecho, frenético de dicha.

Ahora sí lo veía Juan Pedro. Medio borroso pero lo veía. Percibía el bigote, los pantalones, media pierna, las alpargatas. Era extraño aquello. El no le miraba más que la parte superior del cuerpo. Y le veía, sin embargo, hasta los pantalones y las alpargatas.

Ya no podían más de caña.

—¿Qué le parece si salimos un poco a refrescarnos y después volvemos a seguir?

Sosa aceptó con un cabeceo. El tabernero se caló los lentes, echó atrás el sombrero y sumó. Sucesivas rectificaciones fueron contraproducentes. A cada vez el resultado era distinto. Se sacó el sombrero. Trajo al mostrador su gran "vaso particular" y le bebió el último sorbo. Su cabeza volvió a inclinarse. Después de aquel breve descanso, se resolvió a sumar por última vez, y a tomar ese resultado como el definitivo.

Dió a cada cual su vuelto, con la conciencia ya más firme. Pero perdió pie cuando oyó que Juan Pedro decía a Sosa:

—¿Vamos saliendo, Juan Pedro?

El espíritu del negro flotó un momento en el vacío, ya acomodándose el sombrero. Y, como el ventarrón a una hojita, así lo llevó lejos lo que, desde la puerta, al rodear el cuello de su amigo, exclamó Sosa:

—¡Cuidado, Sosa! ¡Cuidado con el es-ca-lón!

Sin mirar, el negro vió la pequeña mesa, el tintero, la carta. Los vió cruzar veloces. Y hundirse allá, en el fondo de aquello donde, desde que se entra el sol, ¡cómo ladran los perros!

Se sacó el sombrero.



EL ESPEJO DE TINTA

LA historia sabe que el más cruel de los gobernadores del Sudán fué Jakub, el Doliente, que entregó su país a la iniquidad de los recaudadores egipcios y murió en una cámara del palacio, el día catorceno de la luna de Barmajat, el año 1842. Algunos insinúan que el hechicero Abd-er-Rahmán El Masmudí (cuyo nombre se puede traducir El Servidor del Misericordioso) lo acabó a puñal o a veneno, pero una muerte natural es más verosímil — ya que le decían El Doliente. Sin embargo, el capitán Ricardo Francisco Burton conversó con ese hechicero el año 1853 y cuenta que le refirió lo que copio:

"Es verdad que yo padecí cautiverio en el alcázar de Jakub el Doliente, a raíz de la conspiración que fraguó mi hermano Ibrahim, con el fementido y vano socorro de los caudillos negros del Kordofán, que lo denunciaron. Mi hermano pereció por la espada, sobre la piel de sangre de la justicia, pero yo me arrojé a los aborrecidos pies de El Doliente y le dije que era hechicero y que si me otorgaba la vida, le mostraría formas y apariencias aún más maravillosas que las del Famesí jiyal (la linterna mágica). El opresor me demandó una inmediata prueba. Yo pedí una pluma de caña, unas tijeritas, una gran hoja de papel veneciano, un cuerno de tinta, un brasero, unas semillas de cilantro y una onza de benjuí. Recorté la hoja en seis tiras, escribí talismanes e invocaciones en las cinco primeras, y en la restante las siguientes palabras que están en el glorioso Kurán: Hemos retirado tu velo, y la visión de tus ojos es penetrante. Luego dibujé un cuadro mágico en la mano derecha de Jakub y le pedí que la ahuecara y vertí un círculo de tinta en el medio. Le pregunté si percibía con claridad su reflejo en el círculo y respondió que sí. Le dije que no alzara los ojos. Encendí el benjuí y el cilantro, y quemé las invocaciones en el brasero. Le pedí que nombrara la figura que deseaba mirar. Pensó y me dijo que un caballo salvaje, el más hermoso que pastara en los prados que bordean el desierto. Miró y vió el campo verde y tranquilo y después un caballo que se acercaba, ágil como un leopardo, con una estrella blanca en la frente. Me pidió una tropilla de caballos tan perfectos como el primero, y vió en el horizonte una larga nube de polvo, y luego la tropilla. Comprendí que mi vida estaba segura.

Apenas despuntaba la luz del día, dos soldados entraban en mi cárcel y me conducían a la cámara del Doliente, donde ya me esperaban el incienso, el brasero y la tinta. Así me fué exigiendo y le fuí mostrando todas las apariencias del mundo. Ese hombre muerto que aborrezco, tuvo en su mano cuanto los hombres muertos han visto y ven los que están vivos: las ciudades, climas y reinos en que se divide la tierra, los tesoros ocultos en el centro, las naves que atraviesan el mar, los instrumentos de la guerra, de la música y de la cirugía, las graciosas mujeres, las estrellas fijas y los planetas, los colores que emplean los infieles para pintar sus cuadros aborrecibles, los minerales y las plantas con los secretos y virtudes que encierran, los ángeles de plata cuyo alimento es la alabanza y la justificación del Señor, la distribución de los premios en las escuelas, las estatuas de pájaros y de reyes que hay en el corazón de las pirámides, la sombra proyectada por el toro que sostiene la tierra y por el pez que está debajo del toro, los desiertos de Dios el Misericordioso. Vió cosas imposibles de describir, como las calles alumbradas a gas y como la ballena que muere cuando escucha el grito del hombre. Una vez me ordenó que le mostrara la ciudad que se llama Europa. Le mostré la principal de sus calles y creo que fué en ese caudaloso río de hombres, todos ataviados de negro y muchos con anteojos, que vió por la primera vez el Enmascarado.

Esa figura, a veces con el traje sudanés, a veces de uniforme, pero siempre con un paño sobre la cara, penetró desde entonces en las visiones. Era infaltable y no conjeturábamos quién era. Sin embargo, las apariencias del espejo de tinta, momentáneas o inmóviles al principio, eran más complejas ahora; ejecutaban sin demora mis órdenes y el tirano las seguía con claridad. Es cierto que los dos solíamos quedar extenuados. El carácter atroz de las escenas era otra fuente de cansancio. No eran sino castigos, cuerdas, mutilaciones, deleites del verdugo y del cruel.

Así arribamos al amanecer del día catorceno de la luna de Barmajat. El círculo de tinta había sido marcado en la mano, el benjuí arrojado al brasero, las invocaciones quemadas. Estábamos solos los dos. El Doliente me dijo que le mostrara un inapelable y justo castigo, porque su alma ese día, apetecía ver una muerte. Le mostré los soldados con los tambores, la piel de becerro estirada, las personas dichosas de mirar, el verdugo con la espada de la justicia. Se maravilló al mirarlo y me dijo: Es Abu Kir, el que ajustició a tu hermano Ibrahim, el que cerrará tu destino cuando me sea deparada la ciencia de convocar estas figuras sin tu socorro. Me pidió que trajeran al condenado. Cuando lo trajeron se demudó, porque era el hombre inexplicable del lienzo blanco. Me ordenó que antes de matarlo le sacaran la máscara. Yo me arrojé a sus pies y le dije: Oh, rey del tiempo y sustancia y suma del siglo, esta figura no es como las demás, porque no sabemos su nombre ni el de sus padres ni el de la ciudad que es su patria, de suerte que yo no me atrevo a tocarla, por no incurrir en una culpa de la que tendré que dar cuenta. Se rió el Doliente y acabó por jurar que él cargaría con la culpa, si culpa había. Lo juró por la espada y por el Kurán. Entonces ordené que desnudaran al condenado y que lo sujetaran sobre la estirada piel de becerro y que le arrancaran la máscara. Esas cosas se hicieron. Los espantados ojos de Jakub pudieron ver por fin esa cara — que era la suya propia. Se cubrió de miedo y locura. Le sujeté la diestra temblorosa con la mía que estaba firme y le ordené que continuara mirando la ceremonia de su muerte. Estaba poseído por el espejo: ni siquiera trató de alzar los ojos o de volcar la tinta. Cuando la espada se abatió en la visión sobre la cabeza culpable, gimió con una voz que no me apiadó, y rodó al suelo, muerto.

La gloria sea con Aquel que no muere y que tiene en su mano las dos llaves del ilimitado Perdón y del infinito castigo".



ILUSTRACION DE GUIDA

De Uno a Cero



EN un mar ligeramente picado, la "Duncan" se bamboleaba de estribor a babor. La embarcación de matrícula inglesa, llevaba las bodegas vacías. No es preciso fijar la latitud en que navegaba para decir que ya había cumplido unos tres días de ruta desde su partida de Liverpool.

El sol, cayendo de canto sobre el horizonte, parecía señalar con sus reflejos una senda movible y luminosa que la proa de la nave seguía, sobre los traspisos que fingía la superficie del agua.

Sobre la cubierta, un grupo de hombres, sentados y arrodillados, había formado un círculo macizo. En el medio, unos muchachotes, con las caras desfiguradas por el sudor y el carbón, con los pechos y las espaldas desnudos, y un camisolín azul arrollado y anudado al cuello, jugaban a los naipes. La partida debía tener algún interés, puesto que nadie hablaba. Todo estaba allí bajo una rigurosa imposición de silencio. Una expectativa angustiosa, irritante, se había apoderado de aquella masa. Nadie auguraba nada, ninguno tenía favoritos. No era menester, entónces, alentar. Cualquiera de los que perdiera debía resignarse al mandato traicionero del azar.

De pronto, lo que hasta recién había tenido una perspectiva estática, lo que había sido una escena natural trasladada imaginariamente entre cuatro maderas, a modo de marco, se deshizo lentamente, levantándose todos y dispersándose como la cabeza de un "meeting" fracasado, frustrado por la policía. No se fueron, sin embargo, de allí. Esta vez el círculo se hizo más grande, todos de pie, y los que habían estado disputando la partida de naipes se pusieron uno frente al otro, en el mismo lugar. Estos movimientos hacían pensar que el juego había dado origen a un desentendimiento, como ocurre siempre con los que juegan sin dinero, y que la derivación lógica e irremediable se estaba ya a punto de presenciar.

Y bien, no era esto lo que había acontecido. Se había apostado, simplemente, un puñetazo directo, teniendo opción el vencedor para ubicarlo donde mejor le placiera, donde más eficaz fuera el golpe y sobradamente nutrido resultara el instinto feroz que todavía actúa en los hombres.

John se cruzó de brazos y miró a su víctima, como si hubiera pensado que su puñetazo iba a derribar una montaña y el derecho adquirido con su triunfo, duplicara su fuerza. Su vencido estaba, en cambio, sereno, sonriente. Esperaba su transitoria ejecución con las manos puestas detrás, en la nuca.

Unos reían, otros, más humanos o más cobardes, gritaban: "Hard, One!".

El espectáculo era, sin duda, violento. Un poco de nerviosidad los agitaba y los confundía en aquel replano del puente de popa.

John desarticuló su figura, echó un paso hacia atrás y trayendo su brazo izquierdo horizontalmente, lo lanzó en dirección al rostro de One.

Un rugido sordo acompañó el breve itinerario que cumplía el puño de John. Pero, aquel hombre que había esperado el golpe, sonriente, sereno, felinamente se agachó y el cuerpo de John resbalaba sobre sus espaldas. Se irguió en seguida, rígido, fuerte; lo trincó en sus manos y lo tiró sobre el mojinete que envolvía las cadenas del ancla.

Una ruidosa manifestación de júbilo por el desenlace de la contienda se tributaba a One y a John, cuando el segundo oficial de a bordo apareció inesperadamente. Su sola presencia los embarazó de tal manera que ni siquiera repararon en cómo se las arreglaba John para levantarse después de tan ruda caída. La disciplina los acorraló en una ridícula actitud de arrepentimiento y mientras el oficial los desafiaba calmosamente con su jerarquía, uno a uno fueron descendiendo por una escalerilla hasta que el pasajero tinglado, confesionario de guapezas, quedó desanimado y frío.

Las tinieblas parecían borrar el destino que llevaba la "Duncan", pero su hélice iba taladrando el camino, iba hollando el espacio que la separaba todavía de nuestras dársenas.

★

Hacía ya un año que One, el tripulante de aquel barco, cuyo nombre amaron todos los que anduvieron por sus entrañas, era un trashumante adoptivo de nuestro puerto.

Quién sabe por qué inexplicables ataduras de elemental psiquismo, sentíase atraído, amarrado en sus muelles. Le era cordial. Un hilo sutil e insospechado le unía a esta tierra, a la cual llegó, como pudo haber llegado a la India...

One. ¿Por qué se llamaba One? Ese no era un nombre. No. Era un número. ¡Bah! ¡Lo había pensado tantos días, tantas noches!... Su pasado, maldito recolector de recuerdos, no le proporcionaba circunstancias ni fechas ni para deducir ni siquiera para imaginar un origen. Era "One". Nada más. "Uno".

Había desgastado y consumido su juventud en trabajos sombríos, monótonos, bestiales, y sus entretenimientos fueron amenazados muchas veces por la cárcel o por la muerte.

"Fuí alguna vez niño", pensaba, mientras estaba sentado sobre unas bolsas hinchadas por la cosecha, en el pasadizo de uno de los galpones, mirando el semicírculo que repetía matemática e infatigablemente una grúa, desde los andenes a la estiba de un barco.

Recordaba el orfelinato, allá en Birkenhead. Sí, por eso se llamaba One. Era pequeño posiblemente y fué extraviado o abandonado. No lo supo nunca. Lo recogieron las autoridades. Tenía en su ropa, prendido con un alfiler, un papel blanco, insignificante, y un número: 1. Quien lo había perdido o entregado a las misteriosas saturaciones del porvenir, lo había marcado, lo había designado con un número, por una de esas metafísicas inspiraciones. Aberración, brutalidad, ternura... Entonces, en el orfelinato, a donde lo llevaron para servir entre los asilados, lo llamaron así, One. Eso es, One, uno.

Era un paria, un hombre demasiado solo. Tenía un sentido humillado, atrabiliario y penoso del mundo, de las cosas, de sus semejantes, a quienes jamás les supo atribuir un principio o una finalidad. No tenía a quien querer. No podía querer.

Ahora, le sobornaban las cosas fáciles. No trabajaba más.

Pedía limosna para él y la daba a quienes creía más desheredados en la racha. Este gesto provocaba una extraña belleza entre el notorio egoísmo de esos ascetas de la miseria.

El ocio, el dolor, el tiempo, se habían adherido finalmente, como una telaraña en su cuerpo, en su alma y en lo que no supo tampoco si fué una esperanza, cierta vez que se pusiera contento metiéndose clandestinamente con sus ojos, en el uniforme del capitán de la "Duncan".

Su personalidad se degradaba paulatinamente como se desviste una muchacha frente al primer hombre.

Ignorando si era un consuelo o si le infundía un atrevimiento de que carecía, empezó a beber. El hambre y las noches al aire libre, destruyeron su reciedumbre. El puerto le había empezado a hacer unas muecas monstruosas. Los faroles atados a los mástiles de los barcos le hacían guiños burlescos. Todo se reía de él. Las estrellas le parecían más chiquitas. Unas sombras enormes se echaban sobre él, luego se reducían y atravesaban sus pupilas.

Pedía uno, dos, cinco, diez cigarrillos, todos los que podía obtener en la generosidad de la calle y los fumaba uno en seguida del otro. Así, no comía. Se llenaba de humo. Sus alucinaciones aumentaban en ese ambiente de tenue vapor que se cernía sobre él, tirado a lo largo de un umbral o bien, sentado, respaldándose en uno de esos muros inútiles que se alzan a trechos en la Avenida Alem. Desde allí, generalmente, observaba la luna. ¿Curiosidad, emoción? Quién sabe.

★

La recova amasaba gente bajo sus pórticos. Arreciaba una lluvia torrencial. La noche era viscosa como un reptil. Los tranvías cruzaban lentamente la calzada con los vidrios opacos. Una sensualidad tenebrosa recorría los bodegones.

One andaba esa noche por allí. Se detuvo un instante frente a un zaguán con luz. El agua le brillaba en su barba negruzca, del color de la goma de los neumáticos. Se quitó el sombrero y lo sacudió. Tuvo ganas de tirarlo, pero recordó que al día siguiente podría haber sol. Se lo puso de nuevo. Luego se apretó las ropas con las manos; las exprimía con cuidado, retorciéndolas entre sus dedos largos y huesudos. Cuando empezó la misma tarea con los pantalones, se quedó agachado como si en el charco que hiciera mientras escurría sus trapos, se hubiera revelado toda su figura. Los pantalones estaban tan ceñidos a las piernas que hubo de apretarlos sobre su propia carne... Eran cortos, apenas si tocaban sus tobillos, y estaban desflecados como una bandera. Siguió caminando. Escrutaba con su mirada oblicua los rostros, las vidrieras, los letreros, las luces de colores y todo lo que a su paso parecía, tal vez, la felicidad de los demás.

Repentinamente quedó parado, taciturno, frente a uno de los bares. Leyó su nombre: "Destiny bar". Desde los vidrios de la puerta cerrada del bar, One miraba a través de su nebulosa transparencia. En el interior la gente se movía como sombras. Entró. Una avalancha de luz y de humo se arremolinó en torno a One. Pero su entrada no alteró el bullicio de la sala. Las voces del piano interponían en las desentonadas conversaciones el melancólico "Sonny-boy". Como no había ninguna mesa desocupada, One llegó a una que estaba en uno de los rincones, en la que un hombre se había echado con la mitad de su cuerpo, la cabeza entre los brazos y soporíficamente sentado en una silla. "Un borracho", pensó One. Ahora, se sienta otro. Un "mozo" se acercó, jadeante, con una sonrisa que bien podía ser de complacencia o de rabia. One lo miró aturdido, miedoso. Pidió cerveza. El "mozo" se dió vuelta y alzó un grito imperioso: "¡Medio litro!" La canción seguía en el piano, sincopada por el ruido de los cristales de las copas y las risas. En el ambiente cálido del café, One se sintió fugazmente libre. Sin embargo, los primeros sorbos de cerveza lo sazonaron, lo volvieron a su estado permanente de excitación y delirio. Bebió más. Quería hablar, cantar esa noche. Intentó despertar a su compañero de mesa, pero se retuvo instantáneamente. Dió unos puñetazos sobre la mesa. Los golpes repercutieron en el cuerpo inmóvil del hombre, cuyos brazos resbalaron sin modificar su postura hasta el extremo de la mesilla. One bebió despacio, con fruición, hasta la última gota. Repasó unas cuantas veces sus labios con la lengua. Miraba el sombrero sucio, con la copa abollada, de su hosco compañero, al que no se animaba a llamarlo, a tocarlo. Nuevamente golpeó con su puño sobre la mesilla, y el cuerpo de aquel hombre cayó pesadamente sobre el piso, trágica, tristemente. One saltó de su silla, desorbitado, ululante. Un tumulto de razas y sexos se hizo alrededor del exánime y sinuoso cuerpo, que había tomado la forma de un signo interrogativo.

Manuel, un filipino blanco, alto, bilioso y ágil, dueño del "Destiny bar", fué el primero que dominó el estupor de sus clientes. "No es nada, no es nada", gritaba. "A ver" —dijo enérgicamente— dirigiéndose a One": "¿Qué pasó?" One se excusaba, confundido, tembloroso: "No sé, nada, nada. Yo sólo, sólo". El filipino, rápidamente le palpó la cintura, le hurgó en los bolsillos. Le hallá dos monedas de veinte centavos y un trozo de papel de diario, estrujado y arrollado como una pelota. One se lo pidió: "A mí, sirve".

Manuel, acostumbrado a adivinar las apariencias y las realidades del hampa, advirtió en el acto que One era tan infeliz como el que había caído allí, como un envoltorio de basuras... Además, lo conocía, lo conocía bien. Iba casi todas las noches. Se sentaba en esa misma mesa. Se llamaba Willy. Era medio loco. Y con la previsión y el sentido que tienen los que exclusivamente tratan durante toda su existencia de acumular dinero — la locura de los hombres cuerdos, dice Balzac — creyó oportuno, apaciguar y aclimatar de nuevo a su público. Se interrumpía la consumación. "Si —dijo en alta voz.— Era medio loco. Se ha muerto de hambre, de vergüenza. Una noche, borracho, decía que él había asesinado a su mujer, a Rica, una camarera que trabajaba aquí, hace 25 años. Ja! Ja! Ja! Sí, estaba loco". —One y los demás, escuchaban las alusiones de Manuel. Este prosiguió: "Otra noche, más borracho, todavía, preguntaba a cuantos entraban, si era One"—"Todos reían. Por último, se dirigió a dos marineros y les hizo la misma pregunta. Los marineros creyeron que los quería ofender, que dudaba de sus fuerzas y lo zurraron tanto, que fué necesario quitárselo a aquellos furiosos "maringotes" para que no terminaran con él. Pobre Willy!..."

One, después de sentir las últimas palabras de Manuel, retrocedió tambaleante, mudo, sordo, ciego. Lo hería la sensación de sentirse en el vacío, en un vuelo bajo y fantástico.

Un impulso instintivo, inconsciente, lo llevó hasta la puerta del "Destiny bar". La abrió... La noche lo recibió otra vez. El viento lo llevaba de la mano. Las ráfagas de lluvia lo castigaban por todas partes.

Allá lejos, un relámpago, lo mostró convertido en un punto vagabundo, reluciente. En un cero...

por

A. Rodríguez Moroni

Ilustración de Guevara

Bibliografía

HENRI BERGSON. — Las dos fuentes de la moral y la religión. —

Con este nuevo libro, que es el fruto más sazonado de su larga carrera de filósofo, Henri Bergson demuestra haber podado en su frondoso sistema metafísico algunas de las ramas que sirvieron de asiento a recientes exégetas de doctrinas religiosas y políticas reñidas con las ciencias o con la luz de la razón o el intelecto. Nada socorrió en los últimos tiempos a los defensores de la arbitrariedad, en el orden de las ideas, como el concepto bergsoniano de la intuición, que es una de las más salientes de aquellas ramas. En el sentido adoptado por Bergson, la intuición significaba otra cosa que una fuente y árbitro de verdades que no pueden ser originadas o sancionadas por la inteligencia. Significaba una facultad alejada de una concepción del espíritu humano formulada, como habitualmente se hizo desde fines del siglo pasado, en términos de los métodos seguidos por las ciencias físicas y químicas para descubrir la verdad.

A semejante actitud mecanista hacia el espíritu, Bergson opuso en sus obras anteriores la necesidad de incluir en una psicología el esfuerzo de descubrir la verdad, mediante la ubicación del indagador en el torrente natural de la "duración" o del tiempo. Tratábase, como puede verse, de una posición anticientifista, aunque no anticientífica inspirada en una fuerte lealtad hacia lo que Bergson entiende ser el secreto de las ciencias. Viendo la realidad desde el punto de mira dinámico de su libre impetuosidad en el orden universal, el filósofo francés defendía la tesis de que ella no podía ser reducida a los términos estáticos en que reciben adecuada versión los objetos de estudio de las ciencias físicas. No se proponía Bergson defender con ello bases sentimentales contra fundamentos rigurosamente intelectuales de la verdad, sino exaltar los procesos creadores del pensamiento, siempre activos en imprevisibles manifestaciones. Exaltaba esos procesos en oposición a la naturaleza de sus resultados, los cuales, según él, una vez obtenidos, se fijan y se desempeñan de una manera, más que estática, automática.

Era natural, sin embargo, dada la usual rivalidad en que aparecen la ciencia y la religión dentro de las discusiones de los últimos siglos, que todo lo que Bergson ha dicho contra las ciencias haya pasado por una posición favorable a la religión. Y de ahí a hacer del pensamiento bergsoniano una base para toda idea o teoría insostenible desde el punto de vista puramente científico, no había más que un solo paso. Cuantas posiciones morales y políticas se asumieron en abierto conflicto con los métodos de corroboración intelectual, se remitieron al bergsonismo para asumir dignidades de autenticidad filosófica.

Esto es, precisamente, lo que no podrá hacerse después de leer "Las dos fuentes de la moral y la religión". En esta obra emplea Bergson contra los enemigos de la razón los mismos pertrechos de guerra que usó contra los que confundieron la razón con algunos de sus productos en la historia. Una circunstancia especial favorece este ataque uniforme. Según Bergson, la facultad que origina creencias religiosas o adhesiones morales y políticas nada tiene que ver con el poder originador de la verdad. Al igual que el sentido común y todo lo que comúnmente pasa por inteligencia humana, aquella facultad no es sino la resultante de la conformación del hombre al medio social en que vive y esta conformación es una particularidad inherente al orden universal de las cosas. Ejemplos del mismo fenómeno proporcionan en el mundo animal las hormigas y las abejas, en las cuales pueden verse especies que contienen inmanentemente en su estructura orgánica el medio ambiente en que se desenvuelven, tal como el medio ambiente las contiene a ellas. Lo propio ocurre con la especie humana, aunque hay una diferencia en su caso, y es esta: gracias al predominio de la inteligencia sobre los instintos, el hombre presenta una mayor variabilidad y mutaciones más numerosas dentro de su sujeción mental al ambiente. Es una diferencia casi cuantitativa, fuera de la cual la humanidad ofrece, en el orden de los incentivos y las normas de la conducta, un mundo muy semejante al de la vida de los insectos. Se mueve y se agita en la aventura diaria de la existencia dentro de una estructura ideativa que ha heredado en toda su integridad a la manera en que se hereda un nombre. A este orden moral y político, Bergson denomina "cerrado" y opone a él un orden creado por los esfuerzos de individuos excepcionales y denominado "abierto", cuyas creaciones, puramente intelectuales, van a enriquecer el patrimonio ético de la raza, no sin antes asumir caracteres orgánicos en la sociedad o en el consenso de los hombres. Una y otra estructura de la conducta humana, la "cerrada" y la "abierta" tienen formidables razones de ser. La primera, según el filósofo francés, es una fuerza natural que sirve en el hombre como contrapeso de otras fuerzas orgánicas. Protege al hombre contra peligros de un ejercicio sin contralor de la inteligencia. Los resguarda contra la destrucción social que semejante ejercicio podría traer o contra las dezasones con que sorprendería a un individuo una interpretación de la naturaleza en términos comprensibles únicamente por él. No importa que ello lleve a los hombres invariablemente a erigir ídolos en el orden moral y político, tales como los que resultan de humanizar a los dioses o endiosar a los hombres, ya que al hacer una y otra cosa el individuo obtiene en su ubicación en el universo un sentido de comodidad para él y de salvaguardia para sus semejantes.

Además, así como a la adaptabilidad humana al medio sigue el dominio sobre la particularidad de las cosas y sobre el medio ambiente tribal, así sigue a las manifestaciones de la intuición el gobierno sobre la universalidad de cada objeto circundante y sobre un ambiente que de la tribu se hace extensivo a la humanidad entera. La religiosidad no menos que la racionalidad se colocan en ese caso, gracias a la intuición, en un terreno en que el espíritu humano tiene una activa participación en el "elan" vital que palpita uniformemente en las fuerzas poco escrutables del universo y del alma. No tiene ningún reparo Bergson en que se llame misticismo a esa participación, pero toma especial cuidado en subrayar que una actitud de carácter místico no es pasiva o contemplativa, como la que encierra la sujeción a los dogmas o a las personas, sino esencialmente activa. Lejos de ser una autointoxicación con algún éxtasis derivado de apasionadas adhesiones políticas y morales, la intuición, en su expresión mística, es el poder con que los hombres excepcionales proporcionan finalidades y bases a la acción. Es con este poder que los grandes creadores en las ciencias y en las religiones complementan el sentido crítico de que se valen para examinar la actualidad y la particularidad, dejando en descubierto para la posteridad la visión con que logran penetrar en los arcanos de la universalidad y del devenir.

La intuición, pues, es para Bergson exactamente lo que se ha llamado la razón para las más nobles tradiciones de la filosofía. La intuición con él, como con Platón y Espinosa, lejos de llevarnos a una actitud antiintelectual o antiracionalista, en cualquiera de las esferas de la verdad, exalta el intelecto y la razón a la jerarquía del único poder que hace que la vida humana valga la pena de ser vivida.

Desventurado





UN día entré en una pequeño droguería semioscura. Un mozo huesudo y narigón, con una expresión de eterna amargura en su cara, se inclinó por encima del mostrador y me preguntó:

—¿Qué deseaba?

—Unas pastillitas contra la tos.

El joven sacó del estante un tarro de vidrio. Después de una breve meditación puso otro al lado de éste... y al cabo de un momento bajó un tercero.

—¿De qué tarro le daré? —murmuró pensativo—. Va... que sea del segundo.

No bien pagué por las pastillas, entró un señor obeso con un paquete.

—Ahí tiene, —pronunció con tono malhumorado, arrojando el bultito sobre el mostrador—. Es su obra!

El huraño boticario miró al cliente con aire asustadizo y desenvolvió el paquete.

—Una laucha muerta, —dijo sonriendo tristemente—. ¿Por qué murió?

—Vd. tiene que saberlo mejor que yo, —rugió el cliente—. Imagínese (prosiguió dirigiéndose a mí), que este tunante me vendió ayer un jabón de tocador. Anoche lo desenvolví pero, viendo que me quedaba aún un pedazo de jabón, me lavé con éste y sin tocar el nuevo me acosté a dormir. Al despertame esta mañana noté huellas de dientes en el jabón comprado aquí y al lado de éste dos lauchas muertas... Le traje una como prueba.

—¿Por qué se pone tan nervioso? —repliqué tratando de tranquilizarlo—. Ahora tiene en su casa dos roedores menos.

—Dos roedores —exclamó mi interlocutor indignado—. Y si me hubiera lavado anoche con aquel jabón, en este momento estaría muerto yo en lugar de las lauchas...

Se abrió la puerta, que dió entrada a un señor, que se dirigió al farmacéutico preguntándole con tono cariñoso:

Dígame, señor, ¿en esta calle no hay otro negocio que venda artículos de droguería?

—No, —contestó con tono orgulloso el interpelado, al que dió ánimos el aire benévolo del cliente—. El único es el mío.

—Entonces ¿es aquí donde compré el excelente remedio contra la calvicie?

—Sí, señor, — fué la respuesta, acompañada de una sonrisa amable.

—Pues, mereces que te maten por este remedio, grandísimo bribón, — tronó el recién venido, arrojándole un tarro en la cara. —Maldito seas...

—¿Por qué? ¿No le crece el cabello? — resonó la voz ahogada del dueño que, siendo hombre previsor, se había refugiado debajo del mostrador.

—¿Que si crecen? Desearía que semejante pelo creciera sobre la tumba de tu padre...

—¿Qué sucedió? —pregunté curioso.

—Que me puse verde. En el lugar de cabellera tengo un prado de color esmeralda... Ayer por la calle me persiguió una mariposa y no sería de extrañar que mañana o pasado sobre mi cabeza se estableciera un enjambre de libélulas. Mire...

El señor sacó su sombrero. Efectivamente, en mi vida había visto un color verde tan hermoso.

—¡Canalla!... —aulló el cliente—. Me has vendido una pomada para hacer crecer el cabello y me has puesto verde... Me vendiste una caja de veneno para las ratas y éstas lo comen con apetito y se ponen más gordas. Ya te voy a enseñar...

El señor furibundo pasó la mano detrás del mostrador, agarró de los pelos al dueño, lo sacó de su escondite y se puso a pegarle.

El comprador del jabón, después de haber proferido unas cuantas interjecciones de aprobación, acudió en ayuda del hombre de pelo verde. Los dos pegaban al infeliz boticario con tanto ahinco que, cansado de mirar, les dije con tono conciliador.

—Basta, caballeros. Tomen un poco de descanso.

★

Los clientes soltaron al dueño, se sentaron en un sofá y encendieron los cigarrillos.

—Lo castigué por el cabello, —dijo el de pelo verde—. Y Vd. ¿por qué?

—Yo por el jabón. El muy canalla me vendió un jabón alrededor del cual encontré esta mañana una guirnalda de lauchas muertas.

—¿De veras? —exclamó el verde encantado—. En mi casa hay una infinidad de ratones. Deme su jabón y yo en cambio le daré mi tintura para el crecimiento del cabello.

—¿Y sirve para teñir las telas?

—Perfectamente bien. Sequé la cabeza con una toalla y ésta se tiñó de un hermosísimo color verde que no sale, aunque ya la han lavado con jabón.

—Es una idea luminosa. Voy a teñir mi pijama de paño gris y haré de él un saco de cazadores.

Una vez hecho este pacto tan extraño y después de haber dado cada uno de ellos una bofetada más al farmacéutico, los dos señores salieron a la calle.

★

Me quedé en la droguería. Como poseo un corazón caritativo, dije al dueño:

—Vd. tiene en la cara dos moretones. Apliqueles fomentos de ácido bórico.

—Tengo miedo, —contestó el boticario.

—¿Por qué?

—Quién sabe si al aplicar estos fomentos al lugar lastimado, no crecerán allí los cabellos o los dientes?...

Luego agregó vacilando:

—¿Tal vez sería bien poner el ácido cítrico o la pasta dentífrica?...

Entablamos una conversación amistosa.

—No tengo suerte, —díjome el hombre con tono triste—. Ahí tiene, por ejemplo, un caso de mi vida. Hubo una época en que padecía hambre. El director de un circo que me conoció por casualidad me tomó para que desempeñara el papel del "famoso ayunador". Por una fuerte suma me comprometí a ayunar durante cuarenta días, encerrado en un cajón de vidrio. En presencia de un numeroso público éste fué sellado y me dejaron solo. Pero de noche tuve un hambre tan atroz que rompí el cajón, salí y, entrando en la habitación del director, me comí un jamón entero, un ganso asado y veinte huevos. Entonces el hombre me dió el empleo de un famoso comilón. El negocio marchó bien; pero el propietario del circo tenía que gastar tanto dinero para alimentarme que se arruinó en pocas semanas... Y así es todo en mi vida. Cuando tengo la intención de hacer una cosa, resulta siempre otra. Inventé un jabón y resultó ser veneno contra los roedores; hice una pomada para el crecimiento del pelo que resultó la tintura más fuerte del mundo...

Al cabo de una breve pausa prosiguió:

—Conozco una muchacha; joven, bonita y tan modesta que hasta tiene vergüenza de mostrar su cuerpo y nunca usa descotes... Jamás tiene conversaciones frívolas. Sería una excelente esposa para mí... pero tengo miedo.

—¿De qué?

—Créame que algo ha de suceder.

Pero, ¿qué es lo que puede pasar?

—Quién sabe! O la muchacha resultará ser un hombre, o una bígama, o algo por el estilo.

—Qué tonterías. Al contrario, una esposa tan modesta puede prestarle mucha utilidad. Cásese sin pérdida de tiempo.

—¿Le... parece así?

Nos despedimos hechos amigos

★

Una vez en mi casa me acordé de las pastillas contra la tos que acababa de comprar. Me puse una en la boca; resultó ser pegajosa y de un sabor muy desagradable. Después de haberla chupado durante un momento, la escupí con repugnancia en el suelo.

Luego empecé a caminar a lo largo de la habitación, meditando sobre la extraña suerte de mi nuevo conocido. Después de haber dado unos cuantos pasos sentí de repente que un pie mío pareció echar raíces en el suelo. Empecé a tirarlo con todas mis fuerzas, a balancearme de un lado a otro, a jirar sobre mí mismo... todo en vano. Entonces me senté en el suelo, desabroché el zapato y saqué el pie. Al revisar el calzado pegado al piso, descubrí la pastilla contra la tos.

Desde entonces solía usarlas para pegar los objetos rotos tanto de porcelana como de madera, y siempre con excelente resultado.

★

El otro día, al pasar por casualidad frente de la pequeña droguería, entré para saludar al dueño.

—Buenos días, —dije—. Vine para decirle que si va a vender sus pastillas contra la tos en calidad de pegatodo, ganará un dineral.

—Ya me parecía, —exclamó con tono triste—, que había de suceder algo por el estilo... A propósito, ¿se acuerda que le hablé acerca de mi novia? Pues me casé con ella.

—¡Ah, sí? Le felicito. ¿Y qué tal? ¿Todo va bien? ¿La muchacha no resultó ser un hombre, ni una bígama?

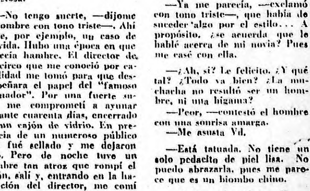
—Peor, —contestó el hombre con una sonrisa amarga.

—Me asusta Vd.

—Está tatuada. No tiene un solo pedacito de piel lisa. No puedo abrazarla, pues me parece que es un biombo chino.

—¡Qué milagro!... Pero hombre, Vd. podría exhibir a esta mujer en un circo y ganaría mucha plata.

—Ahí está, pues. Y en cambio me casé con ella... Siempre me pasa así: hago lo que no debería de hacer y llego a enterarme demasiado tarde de lo que me convendría hacer...

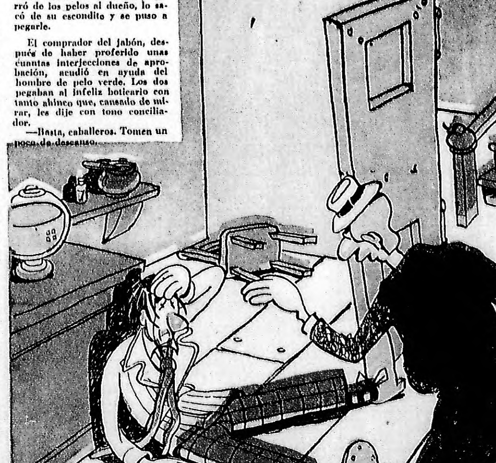




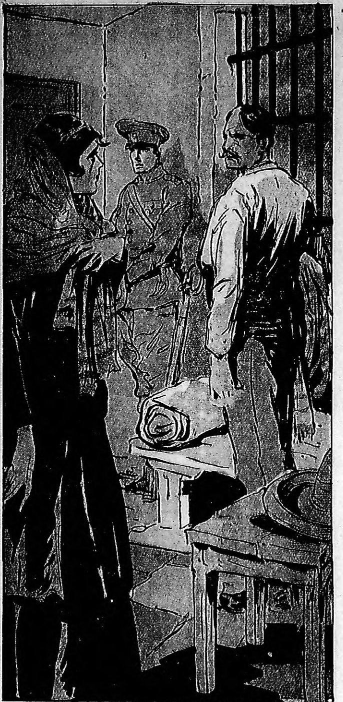
por

AVERCHENKO

Il... ación de Rodríguez



EL DERRUMBE DEL CORAJE



1916.— La más violenta época de la revolución mejicana. Tomás Morán, Juan de Dios Robledo y yo, tres tenientes oficiales del estado mayor del jefe de la división de Occidente, regresamos de un burdel hacia el centro de la ciudad de Guadalajara. Son aproximadamente las tres de la mañana. Para cortar camino resolvemos atravesar por el "patio" de la estación del ferrocarril. Ahí sorprendemos de plano a un individuo sospechoso que parece dedicado a robar material ferroviario. Este se siente sorprendido y trata de huir. Lo perseguimos y entonces hace disparos contra nosotros. Contestamos en la misma forma. El ruido de las descargas atrae a las escoltas más próximas y tras una violenta lucha el sospechoso es acorralado y desarmado. Es un individuo, alto, robusto y tiene sólido bigote negro de clásico mejicano. Su actitud es extraordinariamente altanera. Se le interroga y sin rodeos declara ser coronel Villista, miembro de la división del Norte. Pretendía dinamitar los trenes de nuestra división. Para eso se escondió en la ciudad cuando sus gentes evacuaron la plaza. Sólo lamenta haber fracasado. Una precipitada investigación nos demuestra la veracidad de lo que afirma. Encontramos tubos de hierro, dinamita, cápsulas, alambres y pilas eléctricas, en cantidad y potencia suficiente para causar a nuestras fuerzas una verdadera catástrofe. Hubiera podido saltar de un sólo golpe todas las impedimentas y trenes de artillería y ametralladoras.

Violentamente lo trasladamos al cuartel general. Descubrimos que se trata de un famoso jefe que al servicio de Eulalio Gutiérrez se especializó en dinamitar trenes militares. Sus hazañas fueron conocidas primero de los federales y más tarde por nosotros los Constitucionalistas. Es por demás hablar de la suerte que deberá correr. El estado mayor de la división decreta su fusilamiento para las cinco de la tarde del mismo día. Son aproximadamente las once de la mañana.

El condenado a muerte recibe con absoluta serenidad la noticia. "¿Qué le vamos a hacer?, dice. El que pierde paga; y yo perdí. Pero: ¿qué tal si soy yo el ganador" —nos dice como única contestación.— No pide nada. No hace solicitud alguna. Ni siquiera indica que se informe a su familia. Se niega inclusive a dar la dirección de su casa. Su mujer con dos hijos se presenta por su propia voluntad al cuartel general. Es bellísima y de recia estampa fronteriza. No parece mayor de treinta años y viste con distinción. Sus hijos parecen tener nueve años el mayor, y siete el menor. Ella, habla primero con el cabo, y éste le indica que se dirija a mí por ser yo ese día el oficial de guardia. De frente, secamente, clavándome cada una de sus palabras, me dice: "Soy la esposa del coronel José Isabel Isunza, a quien ustedes van a matar esta tarde. Considero tener derecho a hablar con él. Estos son nuestros muchachos". Enterado el jefe de la división, autoriza la entrevista, y yo la conduzco ante la presencia de su marido.

Se me ordena que permanezca cerca de ellos. Debo oir lo que dicen. La conversación es de una frialdad sorprendente. Hablan de cobrar y de pagar deudas; de vender una casa, de recoger bestias que son de su propiedad; del pago de colegiatura para sus hijos. Ella interviene en la aterradora escena flemática, recordando puntos olvidados. El testamento debe ser completo. Mientras tanto sus hijos juegan cínicamente en el patio del cuartel y se ríen a carcajadas de las malas palabras que les quieren hacer decir los soldados. La entrevista debe terminar. Esto se hace con un hielo horrible que me llena de espanto y de desconcierto.

El, como única despedida se limita a decirle que por ningún motivo debe moverse de su casa. ¿Es que éstas gentes esperan que la ejecución no se lleve a cabo? ¿Es que confían en un golpe de audacia de los calzonudos de Medina o de los nayaritas del "chamaco" Buelna, que se encuentran en la Barranca de Ibarra, lugar próximo a la ciudad? ¿Esperan que sus correligionarios consigan, en las seis horas que faltan, arrancar su pecho a nuestras balas?

★

Desde el balcón del cuartel quiero seguir la marcha de la mujer del prisionero, y alcanzo aun a verla doblar la esquina todavía con su actitud cortantemente altanera, puntiaguda. Siento entonces por ella una respetuosa admiración. Es tan diferente de la mayoría de las mujeres que me ha tocado conocer en circunstancias semejates. Las otras fueron tan miserablemente quejumbrosas y tan mezquinamente traidoras.

Regreso a la sala de armas y descubro que el condenado a muerte ha empezado a dormir suavemente la siesta. Conforme a la tradición, tiene derecho a pedir de beber y de comer lo que quiera. Tiene derecho a darse valor tragando cognac. Pero él no pide nada, nada quiere.

"¿Me quebrarán aquí mismo o en otra parte?", me pregunta al abrir los ojos. Le contesto: "la orden del día indica que usted será pasado por las armas en el mismo lugar en donde fué sorprendido..." Se me informa que ha llegado la escolta encargada de la ejecución. Está compuesta de veinticinco hombres al mando de un capitán primero. Fué designada por el trece batallón, "El trece Brillador", se le llama por la bravura de sus soldados...".

El preso ha sentido la llegada de la escolta, pues cuando entro a la sala de armas, ya está de pie con el sombrero puesto, un finísimo tejano color de chicle, y el reloj en la mano.

—"Estoy a su disposición, mi tenientito" — me dice en sorna a la vez que se remoldea los compactos bigotes negros color de chapopote.

★

Son las cuatro y media de la tarde. Con la precisión matemática de una pauta mecánica salimos todos del cuartel general: sentenciado a muerte, ejecutores de la sentencia y yo como fiscalizador de la misma, por mi carácter ya conocido de oficial de guardia. Vamos rumbo al circunstancial patíbulo que estará repleto de locomotoras trepidantes, de vagones quejumbrosos, de rieles pulidos.

La ejecución se llevará a cabo de acuerdo con lo que fué el último período de la vida del condenado. El profesional dinamitador de trenes, ex jefe de barreteros en las minas, morirá en el propio hogar de las máquinas, que en sus manos fueron víctimas y victimarios aterradores, en la casa de reparaciones y de reposo de éstas. Al lado mismo de los altos hornos de los talleres. No escucharán la descarga mortal tropas en actitud de presentar armas al jefe caído. Ante su cadáver no desfilarán marciales columnas impulsadas por los gritos largos y agudos de las trompetas. Morirá frente a interminables vagones-falanges de ferrocarril acribillados de bala y retacados de cañones y ametralladoras. Las locomotoras le pasarán bramando con la impetuosa alegría de la venganza, cumplida...

★

Vuelvo la cara porque oigo sollozos. Se trata de un grupo de mujeres del pueblo, con los cráneos completamente envueltos con sus habituales rebozos azules. Siguen a distancia atropelladamente nuestra marcha. En medio de ellas, impasible como siempre, pero ahora con el paso anhelante, viene la mujer del condenado a muerte, la "chula" de ojos zarcos helados. Viene sin hijos. Los sollozos aumentan en intensidad y proporción a medida que la comitiva plañidera es engrosada con voluntarias mujeres piadosas. Estas atraen la atención del condenado a muerte. Vuelve repentinamente la cara y el espectáculo le causa indignación. Recrimina a su mujer por haber venido contra sus indicaciones en contrario. Le ordena que se regrese. La mujer finge obediencia, reduciendo la intensidad del paso, pero continúa el seguimiento. El condenado a muerte vuelve a la carga. Su voz se hace más violenta y sus términos más duros. Ella sigue avanzando como sonámbula. Ahora ya no son órdenes secas ni imprecaciones enérgicas, ahora son insultos descarnados gritados con una voz retumbante y apretada a la vez.

Son palabras que rayan el pensamiento: —"Hija de tu rechingada y perra madre, maldita seas, lo único que faltaba era hacerme morir como a un cobarde, maldita seas tú y todos los de tu sangre". Las tremendas palabras del condenado a muerte se estrellan ineficaces contra la muralla caminante de la mujer que sigue avanzando en columna cerrada de mujeres indias que ya no sollozan sino braman convulsivamente. Hasta la misma estatua, hasta la fortaleza empieza a llorar ahora y a repetir con cadenciosa voz mojada, pero terminante: "no me iré, no me iré ,te seguiré hasta la muerte, hasta la muerte, hasta la muerte, hasta llenarme las manos de tu sangre derramada por tus asesinos; nuestra sangre, la sangre de nuestros hijos, de tus hijos José Inés...". El condenado a muerte vuelve a gritar, pero esta vez su voz es quebrada y silbante.

Perdió la otra, la otra, la que era pastosa, amasada, cálida, dura, íntegra. Ahora es mortalmente aguda su voz, es chillona.

Antes fué de macho, de caporal de guerrillero; ahora es de hembra suplicante... Pero más que la voz le ha cambiado la estructura humana toda. Sus ojos ya no ensartan cuando miran ahora miran lamiendo. Su cuerpo se está hundiendo, se está doblando, se está constriñendo, empiezan a colgarle los brazos.



Da traspiés y las piernas se mueven sin romper el ángulo de las rodillas. La potente torre de bravura del primer momento se está derrumbando... Arrecian los llantos desesperados de todas las mujeres que han sido capaces de sostener el ritmo de nuestro militar paso de marcha acelerado. Fuertes núcleos de gentes nos salen al paso. Engrosan la comitiva doliente... Hay en las masas un instinto de piedad irracional que puede traducirse en violenta agresión. Existe el agravante de tratarse de una multitud de fanáticos, y por lo tanto, activamente contraria al movimiento político que nosotros defendemos con las armas. Es necesario encontrar una solución rápida. Me acerco al jefe de la Escolta y le aconsejo la conveniencia de cambiar de ruta. Se trata, le digo, simplemente de una maniobra. Nos dirigiremos al próximo cuartel, "El colorado chico". Este tiene una salida secreta de emergencia. Desde ese lugar consultaremos telefónicamente al jefe de la división. El jefe de la escolta acepta mi proposición y su voz de mando hacer torcer nuestra columna hacia la izquierda. Cinco minutos más y estamos en el lugar convenido. El jefe de la división considera justificada nuestra actitud. Nos aconseja permanecer en este lugar hasta que las gentes que nos han seguido queden despistadas. Supondrán que la ejecución se llevará a cabo allí. Una descarga cerrada sobre el paredón de tiro completa nuestra espectacular maniobra. La gente se ha aglomerado frente a la puerta principal del cuartel y ya no se escuchan sollozos... El condenado a muerte parece haber recuperado gran parte de la sangre fría que lo caracterizó en el promer momento. Hay que reanudar la marcha hacia el destino fatal y éste vuelve a marcar secamente el paso con nosotros. Los esfuerzos que hace para recuperarse son evidentemente tremendos, pero consigue en gran parte sus propósitos. Se nos informa que su mujer se ha quedado frente al cuartel. Es ya casi de noche y la obscuridad nos encubre. Veinte minutos más y estamos en el lugar señalado para la ejecución... Aceleradas voces de mando construyen el cuadro ejecutor. El condenado a muerte perdió su altanería proverbial, pero se mantiene sereno, victoriosamente sereno después de la horrible lucha que ha tenido que librar durante largo tiempo... Cuando el acto está a punto de sellarse con sangre, repentinamente como un rayo, aparece de nuevo la mujer del condenado en la escena final... Imponente en su violencia desencadenada... Se encaja por entre los soldados que consiguen detenerla... Se precipita sobre el condenado a muerte y lo liga, lo amarra, con sus largos brazos sólidos... De nuevo retumban las recriminaciones siniestras... Ahora doblemente trágicas porque vibran en el propio patíbulo... Los golpes subrayan esta vez las palabras y hacen estallar la sangre en la boca y todo el rostro de la mujer...



"Te saliste con la tuya, hija de la chingada, moriré como un cobarde, perra". Sus uñas se encajan en la carne y arrancan la piel, dejando hondos surcos. La mujer no llora, sólo se defiende, hundiendo su cara en el cuerpo del hombre... Hay que separarlos por la fuerza, rápidamente, despiadadamente... Ya no es solamente la mujer quien se agarra con toda la vida al cuerpo de su marido, sino éste el que se adhiere, el que se liga, el que se embarra, el que se retuerce a ella con todas sus fuerzas, mientras empieza a gemir desoladoramente como un niño enloquecido por el espanto... La violenta separación deja garras de ropa en todas las manos... El condenado a muerte se arrastra por el suelo como serpiente enrojecida de sangre...

Nos besa y nos lame los pies, ignominiosamente... "Papacitos, papacitos míos, yo no me quiero morir, no me maten, no me maten, por mi mujer, por mis hijos, no me maten, no me maten..., quiero seguir viendo la luz..." Se agarra de las piernas de los soldados y para arrancarlo de ahí hay que darle culatazos feroces en el cráneo... Se enreda entre los cuerpos de los soldados de la escolta, untándolos de sangre... Mientras a la mujer la contienen trepidando como motor impetuoso, varios soldados... Es imposible ejecutar al condenado de acuerdo con los protocolos respectivos...

★

Aquel hombre enorme es ahora una cosa chiquita obscura que se retuerce asquerosamente... Sus bigotes son ahora dos hilos que escurren mocos, saliva, lágrimas y sangre... Hay que matarlo como a un perro mientras él se arrastra desesperadamente... Aúlla cada vez que recibe una bala de los [illegible] de los soldados, hasta que [illegible] destrozan el cráneo los [illegible] ros... Suspendemos su ca[illegible] de un poste... La mujer [illegible] tira dando traspiés como [illegible] hubiera vuelto repentin[illegible] ciega y nosotros, pensand[illegible] los burdeles, [illegible] [illegible]

★

DAVID A. SIQUEIROS

[illegible]USTRACION DE ROJAS

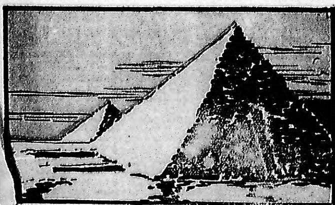
LA GRAN PIRAMIDE

EN todas las épocas ha habido núcleos de estudiosos que dedicaron por entero su vida, a desentrañar el misterio de la Pirámide de Egipto, o mejor dicho, de su significación, sin llegar a ninguna conclusión definitiva.

Minuciosas exploraciones, largas vigilias sobre textos antiguos, fatigoso descifrar de jeroglíficos, hondas meditaciones sobre la fantástica vida de los faraones; tarea vana: la Pirámide ha seguido impenetrable al tiempo y a los hombres, guardando su pretendido secreto.

¿Qué significación posee la Pirámide de Egipto? ¿Con qué fin se construyó esa admirable montaña de piedra?

Durante mucho tiempo se creyó que constituía un monumento funerario, pues se encontraron en su interior momias de faraones. Pero este hecho parece ser puramente accidental y accesorio y no da la explicación del enigma.



La dificultad que existió para encontrar su puerta de entrada y después sólo tres cámaras, hace suponer que el interior de la Pirámide, a pesar del tiempo trascurrido no se ha concienzudamente explorado y todó deja esperar que existen más galerías que las seis actualmente conocidas.

Un hecho incontestable, sin embargo, es que, como lo afirma el abate Moreaux, la gran Pirámide es ante todo, un monumento elevado a la ciencia y conocimientos egipcios.

Es sabido que los Antiguos Misterios, o la llamada ciencia hermética u oculta ,de la antigüedad ,floreció especialmente en Egipto, donde era patrimonio de la casta sacerdotal.

Todos los conocimientos adquiridos — que como se verá [illegible] adelante eran numerosos— guardaban celosamente y só[illegible] iciados, con [illegible] divulgar las enseñanzas recibidas en los santuarios, bajo pena de muerte.

Deseosos, sin embargo, los sacerdotes del templo, de condensar su sabiduría y prolongarla en el tiempo, decidieron la construcción de la Pirámide, como un monumento destinado a perpetuar los descubrimientos de la ciencia sagrada.

El abate Moreux, en su obra "La ciencia misteriosa de los Faraones" ha tratado este aspecto de la Pirámide resumiendo así los trabajos de los egiptólogos contemporáneos.

La gran Pirámide, llamada de Khéops, tiene una altura de 148 metros 20 y el lado de la base mide 232 metros 80, lo cual significa que cubre una superficie de 5 hectáreas, 41 áreas 98; tiene un peso aproximado de seis millones de toneladas y está construída con bloques de piedra pulida, de enormes dimensiones; uno de ellos, de 10 metros de largo, sobrepasa 170 metros cúbicos y pesa más de 47.000 kilos. Es de imaginar la perfección de la maquinaria y los conocimientos de los ingenieros que realizaron tal obra; no ya de trasportar el material hasta ese desierto, sino de levantarlo.

Las piedras utilizadas en la construcción de la Pirámide no están unidas con mezcla alguna sino solamente juntadas, pero de una manera tan perfecta que se hace difícil encontrar la juntura con un cuchillo, y menos — claro está — hacer penetrar la hoja. Es de notar que no existe en la actualidad máquina alguna capaz de pulir dos superficies de 10 metros de largo que concuerden con la perfección de las piedras de la Pirámide.

Durante la campaña de Napoleón, en Egipto, los hombres de estudio de la expedición, para trazar un mapa del país, tomaron la Pirámide como punto de partida, notando que el meridiano de la punta dividía el delta del Nilo en dos partes rigurosamente iguales, y que prolongando sus diagonales, éstas encerraban al delta de este.a oeste. Tal disposición, exigía de los geómetras antiguos un conocimiento profundo de la trigonometría.

La Pirámide está orientada con toda exactitud, de Norte a Sud. Existen sólo tres maneras de hallar el Norte :la brújula, la estrella polar y el cálculo astronómico. La brújula sólo indica el polo magnético, que es muy variable y da lugar a declinaciones de la aguja que, como en la hora actual, es de 22 grados Oeste. Asimismo, la estrella polar describe alrededor del polo una circunferencia alejada de ese polo 1 grado 8 minutos, aproximadamente. Luego, [illegible] los dos procedimientos sólo pueden dar una aproximación relativa y quien quiera encontrar el Norte exacto debe valerse del cálculo astronómico, complicado y delicado a tal punto que el Observatorio de Uranienbourg y el de París comportan un error de 18 minutos de arco: la orientación de la gran Pirámide sólo tiene un error menor de 5 minutos.

Si de la cúspide de la Pirámide se traza una recta Norte-Sud, se crea un meridiano ideal, en el sentido de que es el que recorre mayor número de tierra y menor de agua.

Por otra parte, Herodoto nos enseña que las medidas del monumento fueron establecidas en forma que el cuadrado construído sobre su altura vertical equivale exactamente a la superficie de cada una de las caras triangulares.

El famoso pi o sea la relación de la circunferencia con su diámetro, expresado aproximadamente por la cifra 3,1416 era desconocido de los romamo, pero no de los egipcios. Veamos ahora este curioso manipuleo de números: Tomando la mitad de la base de cada uno de los cuatro lados de la Pirámide $\frac{(232.805 \times 4)}{(2)}$ da por resultado 465.610, lo cual ,dividido por la altura de la Pirámide (148.208) da exactamente 3,1416. ¿Coincidencia?

Otro detalle: la distancia de la tierra al sol, medida capital en astronomía, está calculada en 149.400.000. La altura de la gran Pirámide, multiplicada por un millón da una distancia aproximada: 148.208.000. ¿Estarán equivocados los astrónomos modernos?

El viaje de la tierra alrededor del sol dura un año, o mejor dicho 365 días y una fracción que hoy se calcula es de 342|1000. ¿Será una casualidad que el largo de la antecámara real, multiplicada por 3,1416, da exactamente 365.342 pulgadas sagradas o es que los detentores de los Altos Misterios sabían lo que los modernos hombres de ciencia han necesitado redescubrir después de siglos?

El peso de la Pirámide es de 1 a 10.000.000.000.000.000 en relación al de la Tierra. Este sería un indicio que los matemáticos egipcios conocían el peso de la Tierra.

Pero este maravilloso monumento es inagotable en sorpresas y hay que convenir que, sólo con el objeto de condensar los principios básicos de una ciencia puede haberse construído la Pirámide con esa relación en todas sus medidas.

En 1795 se implantó en Francia el sistema métrico decimal, innovación que se encontró de una audacia sin precedentes. Sin embargo... El sistema numérico de la Pirámide es el sistema decimal caracterizado por la relación de los números 2 y 5 que presenta su construcción.

Nuestro metro constituye aproximadamente la diez millonésima parte del cuarto del meridiano terrestre; dados los accidentes del suelo es imposible medir con exactitud ,sobre el terreno ,un grado de meridiano, por lo que, ningún meridiano es igual a otro. La base ideal del metro hubiese sido una subdivisión del rayo polar, que se puede calcular con una más grande exactitud y que se lo considera actualmente como de 6.356km.7. ¿Será de extrañar que el valor del codo sagrado (medida empleada por los constructores de la Pirámide) o sea metros 0,635,66, multiplicado por 10 millones nos de 6.356 km.7. ¿Será de extralor del rayo polar terrestre? ¿Y que cien millares de pulgadas sagradas representen exactamente el recorrido de la Tierra en 24 horas?

Difícilmente se alcanza a comprender cómo puede haberse dispersado y desaparecido la fabulosa ciencia de los antiguos, al extremo de que el hombre moderno ha debido volver a descubrir los conocimientos adquiridos por otros pueblos en siglos lejanos. ¡Y en cuanto fuímos quizás superados, a juzgar por la historia!

¿No practicaban la conjugación de los espejos a un punto tal de perfección que Arquimedes logró incendiar en el mar y a la distancia la flota romana?

Si ignoraban la electricidad en qué consistía esa "pirotécnica trascendental" de los magos de Asiria, de que hablan los historiadores?

Quien haya leído a César, no se explica por qué medios todas las noticias relativas a la Galia en pocas horas se conocían simultáneamente en varias partes, del Norte al Sur y del Este al Oeste. Si se tratase de historia moderna, no habría duda: era gracias al teléfono o al telégrafo...

En sucesivos artículos, estudiaremos con más detenimiento el grado de sabiduría que habían alcanzado ciertos pueblos de la antigüedad y escudriñaremos los Misterios de los Templos y la ciencia hermética de los sacerdotes. Entonces no parecerán tan sorprendentes las revelaciones de la gran Pirámide y quizás aparezca su significación oculta.

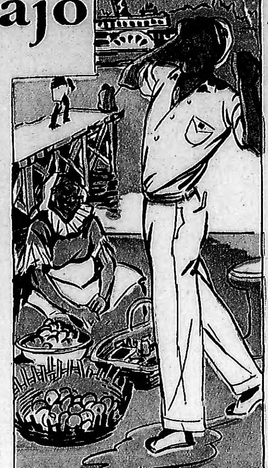
★

CARLOS VELARDE

ILUSTRACIONES DE GU[illegible]A

Río Abajo

CUENTO DE EMBARCADIZOS



—MUY buenos días, che cara-y (hombre) Alberto, ¿qué tal, han tenido buen viaje? Parece que por abajo también se han dejado sentir fuertes calores, según me han dicho.

El joven a quien iban dirigidas estas amabilidades de bienvenida, dejó perezosamente el asiento en que se había instalado y que no era otro que uno de esos macizos bloques de hierro que sirven en los puertos para amarrar barcos, y después de haberse desperezado indolentemente acomodó su gorra marina, que descuidadamente tenía corrida hacia la nuca y respondió con pausa:

—Sí Purí, buen viaje para los que pasean, para los que hacen turismo y se divierten, pero con estos calores, y el recargo de trabajo que nos promete la bajante del río, no nos permite creer en un feliz viaje como nos auguran ustedes al partir, con tanta indiferencia como costumbre... Pero ahora que recuerdo Purí ¿tú me habías dicho en uno de los viajes pasados que me llevarías a casa de una moza vecinita tuya? Contento por esa promesa te compré los aguacates y aquellos ñandutís que me hicistes pagar a tu gusto, ¿recuerdas?

—¡Ah! sí, che, cara-y (dijo la mujer, estirando en una sonrisa sus gruesos labios que dejaron a descubierto unos dientones irregulares y ennegrecidos por el uso del tabaco), pero ya ha pasado mucho tiempo... — agregó arrastrando el eco de su última sílaba, indefinidamente.

El agudo silbato de un barco que atravesaba frente al puerto de la ciudad de Corrientes, y que debía repetir por dos veces más, en un saludo a la plaza, cortó improvisadamente este diálogo entablado entre una vendedora ambulante de frutas y baratijas que se acercan a los barcos de tránsito para negociar sus mercaderías con los "embarcadizos" y el pasaje, que ávidos de novedades pagan a buen precio cuanto se les ocurre original, dando este comercio vida a una cantidad de mujeres de todas edades, que se allegan a ellos para la venta de sus fruslerías o su "palmito"; y un apuesto oficial de los vapores postales que hacen la travesía entre Buenos Aires y la Asunción del Paraguay. Ambos mira-[...]n y retribuyeron con la mano el saludo cor-[...] de los pasajeros asomados a la baranda del [...] que pasaba. Pero, sin descuidar su con-[...]ión volvióse rápidamente el joven, y acer-[...] más a su interlocutora bajó la voz para [...]portancia a sus palabras e insistió:

[...]rí, no seas remolona, lo prometido [...]or lo demás ya te compraré alguna [...] de esas que traes en tus canastas. [...], sí? Alisóse la india las crenchas con [...] rugosa mano, brilláronle los ojos de [...] malicia y siempre sonriendo con su [...] boca, respondió más bajo:

[...]curecer, vendré a buscarte y te acom-[...]sta su casa; espérame aquí che cara-y [...]aé, hasta luego!

[...]óla el joven con un saludo militar a la [...] su rostro se iluminaba por una alegría [...] promisora; acompañó a la bruja con los [...]ún trecho, y luego girando ágil sobre un [...]ón a la vez que profirió un ¡bah! que le [...] a espantar algún escrúpulo, encaminó [...]os hacia la planchada perdiéndose silban-[...]turoso en los corredores de la embar-[...]

La canícula había azotado todo el día a la ciudad; la colorante arena de sus caminos estaba ardiente, recalentando el calzado, hacía penosa la marcha; por lo demás el sol declinaba vertiginosamente en esas latitudes y recién muy entrada la noche puede gozarse del frescor de su sombra.

Empezaban a recogerse los pájaros por el lado del Chaco, con la sinfonía de sus gorjeos, cuando nuestro oficial ya en cubierta, puesto de punto en blanco, digo punto en blanco con la doble razón de que blanquísimo y lustroso era su traje recién salido de entre las manos de una experta planchadora; zapatos y medias del mismo color y su bien faccionada cara en la que transparentaba la serenidad de su alma.

Extendió su mirada anhelante hacia la desembocadura de la callejuela por donde imaginaba aparecería la embajadora. Mucho no se hizo desear ésta, pero sí lo suficiente para mortificar su impaciencia; verla y descender a saltos la escalera y la planchada fué todo uno. En un decir "Jesús" estuvo junto a su amiga, desde ese momento.

—Vamos pronto, Purí; llévame por el camino más corto, no tengo ningún deseo de fatigarme y el calor me molesta sobremanera.

—Güeno, por aquí (señaló la mujer extendiendo su brazo hacia un camino empinado y barrancoso). Está muy malo, pero caminaremos menos. Descalza y envuelta en su blanca sábana de liencillo, avanzó la primera para servirle de guía. El la seguía sin pensar; estaba acostumbrado a estas aventuras que, muy seguidamente ponía la suerte en su camino; las emprendía sin gran interés y las abandonaba sin ningún pesar, pareciéndole esto muy natural.

Llegado que hubieron a un callejoncito donde se hacinaban de un lado y otro las viviendas hechas según costumbre y estilo, enderezó la "cuñá" (mujer) a la puerta de una de aquellas habitaciones y batiendo las manos penetró en ella. El joven la siguió resueltamente, pero tuvo que inclinarse un poco para trasponer el umbral porque su estatura (no siendo alto) era superior a la puerta de entrada. Se oyeron unas risas y se entendieron unos cumplidos dichos en guaraní meloso y dulce como la miel dorada y luego en una puertecita interior, después de subir un escalón de tierra apisonada, apareció una linda carita de "Guaycurusa" (indiecita) aniñada y sonriente con un poco de recelo y un mucho de afectación, movió vivamente sus grandes y expresivos ojos, desde la amiga al recién llegado y con amabilidad en el gesto, insinuó la presentación.

El joven estrechó efusivo la mano larga y suave de la indiecita a tiempo que dirigíale un cumplido. Esta señaló unas sillas de junco puestas cerca de la puerta de entrada y después de guardar la gorra que el marino le ofreciera, fuese ligera y sin ruido a tomar asiento junto a él. Alberto miraba interrogante aquella cara que encontraba sinceramente hermosa, aquella cabeza adornada por dos largas y renegridas trenzas, que traían su pesado entrecruzado a servirle de tiara, la triple hilera de corales que rodeaban su lindo cuello, hacían un remarcado contraste con el color oscuro de su piel.



Pero todo esto que miraba y admiraba evidentemente no era lo suficiente para distraer un estado de inquietud interior que iba subiendo de grado a medida que el silencio se prolongaba. Ella sonreía con su encapullada boca levantando en un mohín gracioso los párpados hasta hacer que sus largas y crespas pestañas se mezclaran a las arqueadas cejas.

Alberto le tomó delicado una mano e inquirió, por decir algo:

—¿Cómo te llamas?

—Selva, es el nombre que me puso la vieja que conocí como madre. ¡Selva, nada más!

—Lindo nombre, por cierto. ¿Sabes que es bonito? Y siguió mirando ávido y desconcertado aquella mujer, casi niña, que bajaba los ojos y aguardaba en un deseo de obedecer, que entraba en sus costumbres.

Pero Alberto estaba locuaz esa tarde, tenía a su disposición toda la noche y se encontraba sin mejor programa. Prefirió, pues, conversar; comenzaba a interesarle vivamente aquella criatura buena y tácita que en su forma exterior discrepaba de la vulgaridad de las por él tratadas y conocidas.

—Es así, que Selva... — volvió a decir distraídamente, inspeccionando con la mirada la habitación para reconocer en ella el complemento de la mujer que tenía a su lado.

—Sí... y tú cara-y, ¿cómo te llamas?

—Alberto, respondió con un suspiro que evidenciaba su opresión y mirándola fijamente preguntó oprimiéndole un tanto la mano:

—¿Tienes cara-y?

—Day potay (no tengo), respondió meneando negativamente la cabeza.

—¿Entonces podrás quererme a mí?

—Sí usted quiero, güeno.

—¿Tuviste alguna vez un hombre para ti?

Ella le miró fijamente los ojos, y su fisonomía tomó un continente serio y doloroso. Era innegable que un recuerdo venía a herir tristemente su memoria. El joven lo comprendió así y haciendo suave el timbre de su voz, insistió:

—Cuéntame. ¿Por qué callas?

La muchacha titubeó un segundo y después comenzó:

—Sí, tuve un cara-y mío, todo mío. No era "gringo", ni "embarcadizo" como tú; era correntino, tenía unos ojos brillantes y hablaba el guaraní, tocaba la guitarra y allá en las noches de luna solía traerme unas lindas serenatas que yo escuchaba arrimada a mi ventana entre sinecias y geranios. Sus padres eran también correntinos, muy ricos, ¿ves toda esa loma que se extiende después del arroyito aquel?, todos esos campos son suyos y mucho más que no podemos ver detrás de aquellos montes. Allí hay plátanos, piñas, chirimoyas, mamones y mangos, pero su principal riqueza eran quebrachales y plantaciones de mandioca.

El me quería desde que era yo "cuñá misí eterí" (niña chiquita) yo lo adoraba como un "ñandeyara" (dios). Iba a la escuela y hablaba el castellano como tú. Leía libros muy lindos, que tenían bonitas figuras. Me enseñó a escribir su nombre y el mío, y después a leer lo que me escribía. Un día le dijo su madre que le enviarían a Buenos Aires, a una escuela muy grande que hay allí. Cuando me lo dijo lloramos mucho, para consolarme me dió muchos besos y un anillo.

Se fué una tarde a la puesta del sol; los malditos "embarcadizos" se lo llevaron río abajo; su pañuelo blanco se movió hasta que mis ojos no pudieron ver más; entonces caí sobre la arena desesperada, sólo la selva escuchó mis lamentos. A la Virgen de Caá-cupé llegaron mil rezos, pero Pedro no volvió ni me escribió siquiera.

Una tarde bañándome en el río después de lavar la ropa se me resbaló el anillo del dedo...

—¡Pedro no volverá, me dijeron algunos amigos! El es rico y allá abajo las mujeres son blancas, llevan lindos trajes y zapatos brillantes como el sol; tú eres pobre, andas descalza y vistes un "tipoy".

¡Pedro no volverá!... Esperé cuatro años su vuelta.

Una noche, en una fiesta en que había "embarcadizos" y "bringos", me dieron licor; bebí, bebí y me mareé... Desde entonces no espero más a Pedro, pero algunas veces rezo y lloro. La indiecita terminó su relato lánguidamente triste.

Miró dulcemente a su visitante, y había tal expresión de pena en toda su actitud que el joven se sintió conmovido, le tomó entre las suyas las dos manos y le besó respetuosamente la punta de los dedos.

—Selva, tú no podrás sentir, por mí, más que el odio que te inspira todo lo que viene de río abajo; yo también soy embarcadizo, como los que se llevaron tu amor; si te obligara amarme lo harías solamente por un valor. Tus sentimientos y tu corazón estarán siempre muy lejos de quien reciba tus caricias; esto debe causarte un gran dolor. Yo no quiero contribuir con mi imposición a que sufras una vez más. Esta vela da la pasaré a tu lado, si no te es molesto; hablaremos, yo te contaré lo que tú quieras respecto a aquellas ciudades que desconoces. Comeremos chipá (bizcocho) y beberemos fresca aloja, y cuando lo desees y me lo indiques volveré a mi barco. En este momento siento vergüenza de ser embarcadizo. Bajó la cabeza como quien pide perdón.

★

BEATRIZ DINI

ILUSTRACION DE RECHAIN

El Borbón Aventurero

por

HECTOR DELCOBRE

EN agosto de 1932 se extinguió, bárbaramente degollado por su amante, el príncipe Alberto-Carlos-Sergio-Edgardo de Borbón, aventurero internacional conocido por la policía italiana con el nombre de Carlos Lorioli y por la francesa como Edmundo de Padovani. Contra la afirmación de ambas existen documentos extendidos por varias embajadas europeas que lo acreditan como el príncipe Edgardo de Borbón, documentos de cuya autenticidad no podemos dudar; pero tampoco podemos dudar de los prontuarios policiales. En suma, por más que se analice la accidentada existencia de este extraño personaje, siempre se plantea el mismo angustioso interrogante acerca de su verdadera personalidad.

Procuraremos reconstruir ahora, de la manera más completa posible, la historia de quien fué, sin duda alguna, uno de los más grandes aventureros de nuestra época.

LA JUVENTUD DE CARLOS LORIOLI

Nació el 19 de noviembre de 1866 en el pueblo de Arco — Trentino italiano — y era hijo de Pompeyo Lorioli y de Josefina Pagani. Desde su nacimiento surgen las raras coincidencias. Esta pequeña villa de Arco estaba situada en el territorio austríaco hasta el momento en que se firmó el tratado de Versalles. Dista unos treinta kilómetros del famoso castillo de Runckelstein, en el que Edgardo de Borbón afirmaba haber nacido.

Después de sólidos estudios, el joven Carlos, que contaba a la sazón veinte años, se enrola en la armada italiana (1886) de donde egresa tres años más tarde, con el grado de jefe-timonel. Fija su residencia en Milán, casándose al poco tiempo con Teresa Mongiagani, joven de excelente familia, a quien abandona unos años más tarde. Así concluye la que podríamos llamar la primera etapa de su vida. Pasemos a la segunda.

LUCERN - ZURICH - FRIBURGO - BERNA Y LAUSANA, 1890 a 1892

En Suiza comienzan las actividades de este aventurero. Recorre las principales embajadas, es admitido en los salones más aristocráticos, se codea con la "haute" y a fines del 91 es acusado de un delito común y detenido por la policía. Al poco tiempo es expulsado del país. ¿Por qué no se le formó causa? ¿Por qué no se le juzgó por la justicia ordinaria? Porque su delito no era un delito común. Se prefirió expulsarlo antes que castigarlo. Poderosas influencias así lo dispusieron. Era un personaje indispensable en el escenario de la política internacional. De ser el hijo de un honrado comerciante nunca habría despertado tantas simpatías ni hecho gravitar en su favor tantas influencias.

PARIS - AMSTERDAM - SOUTHAMPTON - LONDRES - N. YORK, 1892 a 1910

Dieciocho años están compendiados en la tercera etapa de su vida.

En París se hace llamar Vizconde de Clinger, entrando en relaciones con los centros militares. Al poco tiempo emprende un misterioso viaje a Amsterdam y a su vuelta a París es nuevamente detenido. Se le acusa de falsificación y de falso testimonio.

Pocos meses después lo volvemos a encontrar en Southampton. ¿Qué ha pasado? ¿Fuga, expulsión, intervención de desconocidos mediadores? No se sabe. Lo único cierto es que este hombre, bastardo de sangre imperial según él, poseía la varilla mágica que abre todas las puertas: las de las lujosas mansiones, las adornadas con imperiales escudos de las embajadas, las de los grandes hoteles ¡y, también, los pesados portones de hierro de las cárceles.

Momentáneamente perdemos su rastro, para encontrarlo en 1895 en Nueva York, ciudadanizado norteamericano, bajo el nombre de "Edgardo de Borbón, hijo del general Alberto de Borbón y de Josefina Pagani, originario de Arco". ¿Es posible creer que la policía norteamericana, tan bien informada siempre, haya extendido un documento de identidad sin tener la absoluta certeza de que era miembro de la familia de los Borbones?

En noviembre de 1896 vuelve a casarse, esta vez con una neoyorkina de excelente familia, miss Clara Conger, cuyo padre ocupaba una encumbrada posición política. Al año siguiente nacía un hijo de esta unión, siendo registrado su estado civil bajo el nombre de Rodolfo de Borbón.

En 1901 el noble emigrado efectúa un viaje a Europa, recorre las principales ciudades como un rico burgués y retorna a América.

AUSTRIA - ALBANIA - GUERRA CONTRA LOS TURCOS 1910 - 1914

En el año 1910 deja Estados Unidos por segunda vez, en compañía de un general austríaco para asistir a las fiestas que en honor del emperador Francisco José se realizaban en Austria. Lorioli Borbón esperaba obtener del soberano el reconocimiento del matrimonio secreto de su padre el general Alberto de Borbón con Josefina Pagani, para legalizar su origen. Pese a todos sus esfuerzos, los resultados fueron negativos.

Aprovecha su estada en Europa para trabar conocimiento con importantes personajes albaneses; y se constituye al poco tiempo en el agente secreto yanqui de un consorcio financiero con múltiples intereses en Albania.

Poco tiempo después lucha contra los turcos al mando de un regimiento de bravos albaneses. Su heroica conducta le vale el honorable título de "caballero".

Luego es visto frecuentemente en la Riviera italiana, donde lleva una gran vida, una verdadera vida de príncipe. Se dirige luego a Corfú para preparar una expedición contra Essad Pachá; expedición que fracasa lamentablemente.

¿De qué manera lograba Edgardo de Borbón arbitrar los fondos necesarios para estas empresas? ¿Provenía el dinero del consorcio norteamericano? Es poco probable. Mucho más razonable es creer que alguna potencia, que bien pudo ser Austria-Hungría, se viera interesada en la libertad de Albania, para tener así un formidable punto de apoyo en los Balkanes, dominando de este modo todo el mar Adriático, el mar Jónico y teniendo una libre salida al Mediterráneo.

LA GUERRA 1914-1918

La declaración de la guerra lo sorprende en Venecia, de donde desaparece bruscamente sin pagar la cuenta del hotel. Se sabe que se dirige a Atenas donde queda como agregado a la misión alemana encabezada por el Conde de Mirbach.

La policía británica, inquieta de sus actividades, lo detiene en noviembre de 1916 bajo la inculpación de espionaje. Interrogado, se declara miembro del sindicato americano-albanés y asegura que la correspondencia cifrada que se halló en su poder era de carácter puramente comercial. Es de suponer que estas declaraciones no convencieron a las autoridades británicas, pues fué conducido con una buena escolta hasta una cárcel de Milán, donde quedó como "pensionista" hasta el final de la guerra.

El aventurero se salva de ser juzgado ante los tribunales militares gracias a la amplia amnistía decretada por aquel entonces. Mas no logra zafarse del tribunal civil de Venecia, que lo reclama por estafa. Confiado su asunto en manos de un hábil abogado, es puesto, al poco tiempo, en libertad. En suma, cada vez que un tribunal europeo lo acusa de estafador o de haber cometido cualquier otro delito civil, manos misteriosas salen en su defensa, consiguiendo siempre su libertad.

ULTIMA ETAPA DE SU VIDA: BARCELONA - PARIS, 1920-1932

En España asume una doble personalidad: mientras es admitido en los círculos más cerrados (centros políticos, círculos militares, ateneos literarios), se dedica, por otra parte, al contrabando de armas, llegando a ser el jefe de una importante organización de esa clase.



En Barcelona conoce a Candelaria Brau-Soler, dueña de la pensión donde él se aloja y que más tarde sería su amante y su... victimaria.

Pasan de esta manera cuatro años, hasta que la policía española detiene al "general Edgardo de Borbón" bajo la inculpación de estafas reiteradas. Se sabe positivamente que Alfonso XIII interviene en su favor obteniendo que en lugar de ser castigado, se le expulse.

París es su último refugio. Su amante española, Candelaria Brau-Soler, lo sigue hasta allí. Los días trascurren ahora plácidamente para este hombre de vida tan agitada, hasta que, seis años después, en agosto de 1932, es degollado con una navaja de afeitar por su amante. ¿Celos, abandono, crimen pasional? La victimaria habló de lucha, de un viaje y de defensa propia.

Tal fué la vida y la muerte del "Príncipe de Borbón".

El misterio que envuelve su extraño destino aun no se ha disipado. Son varias las razones que hablan en favor de su principesco origen: su gran cultura; sus conocimientos de las ciencias y de las artes que dejaban estupefactos a cuantos lo escuchaban. Hablaba con la misma facilidad el italiano, el alemán, el español, el inglés y el francés. Dominaba el latín y el griego. Si agregamos a esto su urbanidad refinada; sus modales aristocráticos; su manera de andar con esa modesta altivez de los príncipes; su tranquilo valor y sus condiciones de jefe al guiar a la indómita población albanesa en su lucha contra los turcos; no podemos dudar de que por sus venas corría sangre de emperadores. Agreguemos, por [último], las palabras del cronista francés, Emmanuel Jacob:

"Días pasados, al contemplar los restos mortales del titulado príncipe de Borbón, meditábamos sobre su extraordinaria semejanza con el emperador Francisco José y con el archiduque Otto. La rigidez cadavérica afirmaba de manera notable la similitud de los rasgos, acentuados por los bigotes y las patillas que usaba Lorioli-Borbón".

Su muerte [...] toda su vida: una [...] Una terrible incógnita [...] culmina con la [...] de su asesina. El célebre criminalista francés Moro-Giafferi tras una brillante y extraña defensa, que quedará como un excepcional ejemplo en los anales de la justicia, obtiene su libertad: ¡La libertad de una mujer convicta y confesa de su crimen!

Contenta puede vagar por el espacio alma inquieta de Edgardo de Borbón. Su dueño murió como había vivido misteriosamente.

ILUSTRACION DE SORAZABAL

Museo de la Confusión

EN "El Suplemento" del 13 de septiembre en la "Guía Cinematográfica", comentando el film "A nous la liberté" el crítico correspondiente dice:

Indudablemente que estos platos no pueden ser gustados por todos. Hay que tener el paladar acostumbrado a los condimentos suaves para saborear una filigrana gastronómica. Lo mismo ocurre con "A nous la liberté", especie de caviar quintaesenciado, que a la mayoría habrá de saber a manjar agradable, pero extraño...

Secretas averiguaciones me han llevado a la certidumbre de que existe un grupo de sibaritas que han declarado una guerra a muerte a determinadas parrillas, restaurants y gotas de leche, alimentándose exclusivamente de celuloide en rollos, pantallas y programas cinematográficos. Días pasados la Asistencia Pública debió intervenir en un delicado caso Paramount y tres indigestiones Fox-Film. En una autopsia realizada últimamente a cierto espectador alimentado le fueron extraídas las siguientes películas que constituían un menú completo:

El fantasma de la Sópera.

El pescado de Madelón Claudel.

El expreso de Apple Pie condimentado con la cáscara de Fú-Ñandú.

Fruta Amarga y Petit Café.

★

En un periódico doctrinario del 17 de septiembre, el escritor M. Gálvez, en un artículo titulado "Este pueblo necesita ser joven" lanza una serie de brulotes contra la juventud en general por la poca beligerancia que ésta le da a la Patria y lo poco que se preocupa de la humanidad en su actual hundimiento económico, social y moral. Al final de este artículo, el escritor Gálvez expresa:

Algunos escépticos sonreirán de estas palabras, en las que verán, irónicamente una proclama o manifiesto personal.

Pero no es así. Ni siquiera pretendo que estas sencillas ideas sean mías. Están en el aire, en los corazones de muchos patriotas. El escritor — insignificante episodio dentro de la perennidad de la patria — no es sino una de las numerosas voces de que se vale la Providencia para hablar a los pueblos. Yo advierto la catástrofe y doy un grito: veo dónde están las posibilidades de la salvación, y doy otro grito. Ahí termina mi misión. ¿Habrá cien mil argentinos que hagan circular estas ideas y quinientos mil argentinos que las pongan en práctica?

Ante todo deseo dejar sentado que yo soy uno de esos antisépticos que han creído ver en las palabras del autor del artículo un manifiesto y proclama personal. ¿Quién más interesado que este señor en que la humanidad se comunique entre sí por medio de alaridos, gritos de Ypiranga, dos de pecho, rebuznos y otras estridencias? ¿Quién ansía con más vehemencia la supresión de embudos en las orejas y pilas secas en los bolsillos? Que el señor Gálvez desee oír es cosa que yo encuentro lo más natural, pero me molesta que con ese objeto tome como pretexto a la Patria, la Constitución y a Facundo Quiroga acosado por un tigre. En cuanto a que la misión del escritor y del patriota sea poblar de gritos e imprecaciones el medio ambiente que nos rodea me parece una excesiva afirmación. ¿Qué óperas han interpretado Bernard Shaw o el negro Falucho? ¿De qué voz era poseedor French y Berutti, contralto o soprano ligero? ¿Cuáles las mejores misas cantadas por Juan Manuel de Rosas y Carlos Guido Spano? Declaro mi ignorancia al respecto.

Finalmente sobre esta clase de artículos perniciosos a que nos tienen acostumbrados algunos patrióticos escribientes deseo aconsejar a los lectores no dejarse influir por que en el caso de llevarles el apunte nos veríamos de pronto en plena Avenida de Mayo aturdiendo a medio mundo con los gritos de: Time is money, delenda calamuchita, viva mi patria aunque no parezca u otras estupideces por el estilo acompañadas por sordos ruidos de corceles y de aceros o preparando huestes para combatir con San Lorenzo o Chacarita Juniors.

★

En la "Novela Semanal" del 21 de agosto, al pie de una fotografía de la actriz Mae West hace acto de presencia la explicación que sigue:

Trae una inquietud distinta, por lo menos, a la que prestigiaba la languidez de la Borelli, el gesto despectivo de los labios de Greta, la niebla de misterio de los ojos de Marlene Dietrich. SATANAS, EN CUERPO DE DIRECTOR DE PELICULAS, la envía a la Tierra para ganar las almas desde el reino de las sombras.

No cabe duda que es a este extraño director a quien debemos algunas recientes películas tituladas:

Madame Satán.

Seguros en el Infierno.

Hermanitos del diablo.

Y otras demoníacas producciones. Próximamente la "Refugium Peccatorum Pictures" estrenará otras buenas películas cuyos títulos estoy autorizado a adelantar. Son éstos:

El convoy de Satanás.

Mefisto, soldado Alpino.

Un Luzbel en el cuchitril.

Lady Mandinga.

La flotilla de Lucifer.

Recomiendo, eso sí, solicitar con anticipación el indispensable traje de amianto incandescente en la reputada casa Certero y Fratelli para poder asistir a estos estrenos. La incombustible y refractaria sala del "Splendid Fogata" adquirirá los derechos exclusivos para estas producciones.

★

Hojeando días pasados el número 44 de la revista "Aconcagua", mi atención se vió bruscamente solicitada por una interesante concurso que se anunciaba en una de sus páginas a grandes letras, decía:

¿Quiere Ud. obtener valiosos premios, sin excluir la posibilidad de tentar su suerte en más vastas proporciones? Responda a los Concursos-Entretenimientos mensuales de "Aconcagua".

Me interesé inmediatamente en la lectura de las bases y condiciones requeridas y como no hallara mayores impedimentos, me dispuse a tomar parte en el Concurso.

Se trataba de que el lector completase la siguiente poesía trunca:

Luchemos en la . . . .
con la fortuna . . . .
con ambiciones . . . .
con vicios y . . . .
pero entre los . . . .
de tan terrible . . . .
la mujer es el . . . .
que junto al hombre . . .

Me inspiré lo más rápidamente posible y con toda naturalidad me brotó la siguiente y a mi parecer ajustada solución:

Luchemos en la ... glorieta
Con la fortuna ... barcina
Con ambiciones ... croquetas
Con vicios y ... naftalina
Pero entre los... protozoarios
De tan terrible ... marfusa
La mujer es el ... acuario
Que junto al hombre...se usa.

De más está decir que yo me consideraba como el ganador indiscutido del ingenioso concurso, de ahí que me interesara sobre manera de la calidad y naturaleza del premio a percibir. Me ilustré inmediatamente en la misma revista, aclaraba:

***Primer Premio:* Suscripción por un año a ACONCAGUA o una Cámara Brownie N.o 2 con rollo película o una combinación lápiz-lapicera.**

Aquí comenzó mi desaliento. Si me tocaba la suscripción, bien; si la máquina fotográfica, igualmente bien, pero ¿si el jurado resolvía obsequiarme con una combinación lápiz-lapicera, qué iba a ser de mí? ¿No me pasaría los largos años que aun me restan de vida sacándole inútilmente punta a la lapicera y agotando los más caudalosos tinteros para aplacar la sed del lápiz? ¿Qué terrible confusión sobrevendría cuando fuese necesario cambiarla la pluma al lápiz o renovar el stock de minas del otro anfibio? ¿Con qué papel secaría los caracteres de pluma lápiz o con qué goma borrar las manchas de tinta mina? ¿Dónde conseguir la tinta Fáber número 2 y los sacapuntas Stephens adec[...] Medité sobre estos incon[...]sisti presentarme [...]

★

Anímula Vágula

EL OCASO DE UN MAGO ★ *por* Frank Laurich

ILUSTRACION DE ...ECHAIN



AllÁ, por los albores de la decadencia final del Medioevo hizo su aparición en el tinglado revuelto de la península Ibérica, una figura singular y hasta cierto punto extraña, que fué cobrando rápidamente relieve y que llegó a apasionar todas las opiniones fáciles de dejarse influir ante la evidencia de algo sobrenatural o simplemente incomprensible.

Rómulo Grisbone, tal era el nombre de este extraordinario sujeto que de la noche a la mañana vió encumbrada su personalidad al pináculo de la fama, cuya vida desordenada, irregular e imprecisa polarizó los comentarios de Madrid, Barcelona, Jaen, Málaga, Zaragoza, Sevilla y otros principales centros urbanos de habla española de la época de estos acontecimientos.

Corría el año 1460, siendo a la sazón rey de León y Castilla Enrique IV, cuyo turbio reinado de 20 años (1454-1474) característico por las circunstancias especiales que lo acompañaron, le costó el calificativo de "El Impotente" y cuya semblanza, aunque ajena a este relato, es conveniente darla para formarse conciencia justa del ambiente, de las costumbres y los diversos factores de interés relativos a tan lejana época.

Enrique IV fué llavado al poder a los 30 años de edad, casó con doña Juana, hija de Juan I de Navarra, pero por razones íntimas y desconocidas, deshizo el matrimonio, volviendo a contraer segundas nupcias con doña Isabel de Portugal mujer hermosa, pero de una moral en completa discordancia con su siglo.

Este matrimonio se asemejó mucho por su liberalidad a los de la época presente, estilo Hollywood. En la corte eran a todas luces vistas las relaciones demasiado íntimas del rey con una tal doña Guiomar, dama de honor de la reina. Esta, por su parte, ni corta ni manca, imitó y aun superó los desmanes del rey. Al poco tiempo del matrimonio tomó como favorito a Beltrán de la Cueva, noble y gallardo caballero castellano.

Habiendo poco después dado a luz una niña, la misma lo nombró conde de Ledesma y luego maestro de Santiago, y la voz pública tan propensa a hacer correr los menores rumores de la corte, vió con malicia esta conducta acabando por atribuir a Beltrán la paternidad de la niña Juana, conocida más tarde por La Beltraneja.

Estas complejidades palaciegas no son más que un reflejo de las agitaciones bélicas porque atravesaba el reino .

Ya desde 1455, Enrique IV se había obligado a poner un numeroso ejército en pie de combate para hacer frente a las continuas provocaciones del rey de Navarra, que por aquel entonces era su más encarnizado enemigo.

Pero mientras combatía a sus enemigos, en el seno mismo de sus dominios más adictos un alzamiento vino a desconcertarlo aún más. Habiendo demostrado predilecciones hacia determinados plebeyos como ser Miguel Lucas Irazo, a quien elevó a condestable de Castilla; a Gómez de Soliz,maestre de Alcántara, etc; se granjeó por tal motivo la enemistad de algunos nobles que no le admitían tal proceder.

Se formó a tal efecto una "Liga de Tudela" para combatirlo, resumiendo en su seno entre otros a Juan de Pacheco, marqués de Villena, y al rey de Navarra y Aragón, por la muerte de Alfonso V, "El Magnánimo" (1460).

Las cuestiones de esta analogía acostumbraban ser puestas al arbitraje de Pío II, a la sazón pontífice, pero, generalmente, antes que se ...iese su intervención, ya las habían arre... ...r su propia cuenta a la buena o a la mala. ...esta una época de más recia preponde... ...ión religiosa en las masas.

...quejados en esta forma ...nte pálida, comparada a la ...lad, las circunstancias por... atravesaba el reino de Cas... y León y en general to... las pequeñas monarquías ...a península Ibérica, por sus ...tiples y contiguas reyertas ...caso por ese espíritu exal... o ávido de incidencias, pe... ...lar de la edad media, ha... ...nos la introducción de Gris... ...e en escenario tan poco pro... ...io ,tanto más cuanto que sus ...ividades estaban en completa ...repancia con el fervor místi... rayano en fanatismo y la preponderanciade ...ores oligárquicos, que tarde o temprano le re... ...aría forzosamente adversos, como más tarde ...emos.

Rumbo a las alturas

...l carácter de sus actividades despertó pri... ...la curiosidad, llamó luego la atención y tan ...ilarmente pronto se tejieron en torno de su ...ona los más variados comentarios.

Tales decires degeneraban hasta atribuírsele ...te sugestivo personaje poderes diabólicos, ...epción elementalmente primordial, mas por ... parte explicable, dado el bajo nivel intelec...tual de los hombres de aquel siglo.

Su existencia, por otra parte, extraña, era más bien un continuo viaje y tan pronto actuaba en una ciudad, como emprendía apresurado viaje rumbo a otra, asombrando al público, que llenaba parcialme te las salas, impacientes por constatar la magia de su poder como transmisor de pensamientos y otras especialidades de su repertorio realmente vasto.

Tal es así, que en el año y pico de sus actividades, actuó en casi todos los principales centros urbanos de la península.

Un punto íntimo de su vida y ligado a ella con lazos inviolables fué una mujer, cuyo nombre jamás vino al caso y que las versiones antojadizas e injustas, incapaces quizá de averiguarlo, hań dejado sepultado en el más negro de los olvidos.

Su vida y la del aventurero eran una misma cosa. Un mismo misterio los rodeaba y el populacho hacía lo imposible por descifrar el enigma que encerraban sus vidas, cuya intimidad nunca ...do trascender más allá del espectáculo habitual ...e sus viajes que semejaban fugas.

...st... inteligentemente misteriosa, ... positivos desde el punto ... ...an de escuchar, ... pensamiento ... ...nción di... ...ados ... ...n-...

el castillo de naipes de sus ambiciones con un fallo desastroso en 1463.

Mas volvemos a Grisbone. Fué el destino y no pudo ser de otro modo. En las más caracterizadas esferas de la nobleza predominante, comenzó a cundir cierto fastidio por la popularidad de este hombre, que surgido del anonimato, polarizaba ya la atención general.

Pero esto no le duró mucho, desgraciadamente.

Con la misma vertigmosidad con que había ascendido, vió un día cundir la maledicencia a su redor y que pronto fué tomando carácter de amenaza.

Se le increpó de mago, de demonio o al menos pactante suyo y a pesar de que las salas en que se presentaba se llenaban hasta lo imposible, lo comenzaba a conmover hondamente la visión de la amenaza que iba tomando cuerpo y que se cernía ya sobre él.

El ambiente se hacía insoportable.

En una de sus fugaces estadías en Madrid marzo de 1462), debía presentarse en una de las más famosas salas de dicha urbe.

Eran las diez de la noche y el público que ocupaba parcialmente el Coliseo Real daba evidentes muestras de impaciencia. ¿Qué pasaba?

Algo explicable para todos, pero que nadie quería comprender.

Rómulo Grisbone no se presentaría aquella noche, por causa de fuerza mayor, tales fueron las palabras del enloquecido empresario.

Se realizaron posteriores averiguaciones para establecer las causas de su abstinencia y se supo que horas antes había partido con rumbo desconocido.

Este fué el golpe de gracia.

La maledicencia impulsada y alentada por fuerzas y jerarquías tanto seglares como civiles interesadas, se alzó más potente que nunca. Caldeados los ánimos, el pueblo pidió a gritos la cabeza del "endemoniado mago".

Apresuradas diligencias se llevaron a cabo para localizar o al menos establecer su paradero posible, pero todo resultó estéril.

Hasta que dos meses después de estos acontecimientos que dejamos expuestos, se esparció un rumor insistente, afirmando que Rómulo Grisbone y la mujer en cuestión habían sido reconodos en Jaen sumidos en la más negra miseria. Se despacharon de Madrid urgentes comisiones para impedirles otra huida, sin embargo, estas llegaron tarde.

Por algunos datos recogidos, se supo que habían tomado rumbo a Jimena, de allí a Marcha Real y por último a Malgibar, donde se les dió alcance. Los aldeanos enfurecidos y cegados por el ejemplo del contingente, quiso estrangularlos.

Hombres humildes, sencillos, embuidos de religiosidad en fanatismo, cuando tuvieron conocimiento de la relación existente entre Grisborne y el diablo, su indignación y horror sobrepasó todos los límites, llegando hasta lo indecible.

Y así fué como la humilde y tranquila aldea de Malgibar vió un día rubio de mayo, sin haberlo esperado nunca, alzarse uno de los primeros patíbulos de la muerte en su placita hecha para las caricias del sol.

Inútiles fueron las explicaciones y súplicas de Grisbone, no se le quiso oír. Era pecado.

Así terminó aquel aventurero sus obras, salpicadas de lágrimas y sonrisas.

Durante el día, pasado en un calabozo improvisado, escribió para los hombres que no temiesen oírlo y que lo comprendiesen, las siguientes declaraciones, que lo desheredaron de la inmortalidad a la que con misteriosa vida se había hecho acreedor:

"Hundido en este infierno al que la humanidad "tan injustamente me condena, no logrando ser "atendido, quiero dejar para la posteridad cons- "ciente, aclarada mi situación y mi paso por la "vida.

Y después...

A grandes y nerviosos rasgos detallaba la razón de la rara conducta que primó en su vida, explicándola como una propaganda poderosa a sus actividades, manifestando que, como es natural, todo secreto subyuga y atrae.

En su especie de autobiografía sintética, aclara que si jamás ha querido aceptar propuestas extranjeras, aunque muchas de ellas han simbolizado verdaderas fortunas, no la ha hecho por razones obvias, explicables en su confesión inmediata del aparente misterio de su arte... y reza así, a manera de exordio:

La naturaleza además del nabla y de la comprensión ha dotado al hombre de la facultad de un subentendimiento o simplemente doble. De allí que cualquier hombre que preste atención, en una palabra amable, expresada con delicadeza, descubre muchas veces un insulto.

Aprovechando esta facultad del doble entendimiento, confiesa haber realizado su arte.

En 1847 S. A. J. M. de Barcelona, publicó un tratado completamente renovado, pero sobre las mismas bases, de donde extraemos lo fundamental, por ser más claro y práctico que las confusas confidencias póstumas de Grisbone.

El secreto

El expectador en las interrogaciones reglamen... ...s del "mago" no nota nada de particular, ...ejemplo: ¡Mire, pues, oigo, ...está la clave. "Mir... ...es", la N; "oiga" ... ...erto...

¿cuántos?, 4; tener el bien, 5; servir, 6; ver, 7; precisamente, 8; exactamente, 9.

Números: Atención O; decir 1 (los verbos en todo tiempo y modo); pues, 2; ¿lo qué?, 3.

Para doblar la cantidad se antepondrá "atención digo". En este caso, por ejemplo: al querer expresar 124 se dará a entender 62, para facilitar.

Colores: El color, blanco; su color, negro; cuál color, amarillo; qué color, verde. Para morado, azul, violeta y colorado se empleará la voz "diga" y luego "el, su, cuál y qué color, respectivamente. Lo mismo para el anaranjado, carmesí, cereza y lila, pero en lugar de "diga": "me dirá". Pardo, rojizo, gris y verde gris dígame. Safia, celeste, encarnado y bronce: "tenga el bien decirme". Castaño, cobrizo, rosado y pajizo: "sírvase decirme" el, su, cuál y qué color, respectivamente, como en los casos anteriores.

Flores: Alelí y Amaranto se expresarán con las siguientes voces: "Indique" el y su nombre, respectivamente. Anémona y Azakar: "diga". Azucena y clavel: "me dirá". Girasol y jazmín: "dígame". Lirio y rosa: "tenga el bien decirme". Tulipán y violeta: "sírvase decirme" el y su nombre, respectivamente.

Como hemos expresado, esto es una simple síntesis de la ciencia en la que Grisbone y su colaboradora se habían perfeccionado tan altamente, que entre ellos existía una comprensión comparable a la conversación corriente.

Unos buenos ejemplos van a continuación que son lo suficientemente elocuentes como para ponderar la facilidad de esta ciencia:

—Mire (a) lo que (b) es el caballero! ¡Vea (o) indique pues (g) su profesión.

—Abogado.

—Sírvase (6) indicar ahora sus años de práctica. Seis.

—Dígame (1) ¡atención! (0) el día de este mes que informó. El diez.

—Los años, los que (3) cuenta? Treinta.

—¿Qué (c) estado tiene? ¡Mire! (a). Casado.

—Me dirá Ud. (1) pues si tiene hijos. Sí.

—Dígame (1) su número. Uno.

—Pues (2) diga (1) los años de su esposa. Veintiuno.

—Indique los años que (3) está casado. Tres.

—Ahora pues, ¡oiga! (m) ¡mire! (a) dirá cual (t) es el nombre de su esposa. Matilde, etc.

Epílogo

Rómulo Grisbone se abstuvo de confesar su secreto hasta el último momento, hasta que no vió que todo intento de liberación era inútil, fundándose en razones fáciles de deducir. Una confesión temprana habría arruinado irremediablemente su vida. Descubierta la vulgaridad de la patraña el hambre y el desprecio no se harían esperar, y él había volado muy alto.

Conservó ese aire de misterio que le había dado la gloria hasta el final y cuando quiso abandonarlo no lo escucharon. Fué ejecutado el 20 de mayo de 1462 y de su gloria fugaz no quedó más que el recuerdo. En cuanto a la compañera inseparable y fiel de su vida y de su aventuras, por una actitud extraña e inexplicable, acaso por ser mujer, fué puesta en libertad poco antes de la ejecución del "misterioso mago", pero cuando volvieron más tarde por ella la encontraron muerta. Muchos afirmaron "eran una misma persona", pero estas suposiciones no pueden haber sido ciertas. Posiblemente se había suicidado.

LAS PELEAS DE LINCOLN



Ilustración de PREMIANI

No se puede negar la influencia beneficiosa que ejerce sobre la mente la práctica y la educación del músculo, cuando nos enteramos de la necesidad que tuvo Milton de hacer transpirar sus descansadas y dormidas piernas, para poder adquirir la suficiente robustez que tan indispensable le era para resistir la pesada tarea que significaba escribir páginas de valor grandioso como son las del gran poeta e historiador. Son de él estas palabras: "cuando muy joven, en la escuela, era tan débil y delgado, que me llamaban la señorita; lo cual me amargaba profundamente". Pero su voluntad adquirió al hombre. Al poco tiempo, mediante una metódica gimnasia, según nos lo cuenta, alcanzó a poseer un físico absolutamente en divorcio con la ridiculez.

Benjamín Franklin, era de una contextura física envidiable. Bien claro se refleja esta condición en los innumerables bustos y retratos que de él existen. No tuvo necesidad de dedicarse a ninguna clase de deportes, ya que la diosa Miseria se lo impuso sin consultarle si le era o no de su agrado. Su fama de andarín, allá por su juventud, cuando garroneaba los 18 años, era bien difundida. En sus libros se pueden leer estos párrafos: "Me tocó hacer un viaje a pie, desde Amboy a Burlington, con tan poca suerte que se desencadenó una tempestad y la lluvia me caló hasta los huesos y al mediodía me sentía muy fatigado". Pero, a pesar de ello, el gran luchador de la independencia americana recorrió 60 millas en menos de dos días.

Tengo encasillados en el archivo de mi memoria, muchos nombres de esos que componen la gran legión de talentosos benefactores de la humanidad, pero el espacio de esta nota no es el suficiente para ellos, y, además, por ser el propósito esencial de ésta poner en contacto con el lector al perfecto atleta que llena la mitad de la biografía de Abrahám Lincoln.

Lincoln fué un gran campeón de lucha

Embolsemos los años. Estamos sentados en la butaca de un cine imaginario. Sin otra música que el susurrar constante del Kentucky, ni más espectáculo que lo foresta impenetrable y misteriosa, con sus copudos árboles y chirriantes bestias y el capote inmenso del cielo. Allí está enclavada en la lujuria salvaje de tanta naturaleza, una rústica choza. Laten en ella tres corazones. Un padre y tres hijos. No tienen más amigos que un hacha, un fusil, dos perros y unos libros. Uno de los hijos: Abrahán Lincoln (Abe).

El fusil sale todas las tardes con Abe. Es un niño de una puntería extraordinaria. Feliz esa familia, con un miembro de *condición tan positiva, ya que la mayoría de las provisiones* la constituye la caza. Don Thomas lincoln, vive encantado con su hijo Abe, por su despierta inteligencia, su amor a los libros, y porque no tiene vecinos más hábiles en el manejo de las armas.

Con un hijo así hay que buscar nuevos horizontes. Y don Thomas ya ha construido su nueva "long house" en la ribera del Sangamon, muy cerca de Springfields, en el Estado de Illinois. Laten muchos deseos en el inquieto cerebro de Abe; muchacho ya. Uno de ellos, el ser campeón en alguna rama del atletismo. *Y no en aquellas donde es necesario hacer* gala de habilidad y perspicacia. No, precisamente, todo lo contrario. Sólo fuerza y valor. Eligió la lucha como su especialización. Así imberbe aun, sienta fama como el luchador más fuerte del Estado. Y no sólo supera a sus contrincantes en la lucha, sino que lo consigue también fuera de lo que era su especialidad: en salto, carrera y lanzamiento.

Otra vez el alma gitana de don Thomas se pone de manifiesto. Buscando siempre un horizonte más amplio, su vista va a posarse en Nueva Salem. *Hacia ella* dirige con los suyos sus pasos, aumentada su prole con nueve hijos de su segunda esposa, impregnados todos de su optimismo puro y luminoso como un sol mañanero serrano. Ya en Nueva Salem, sin abandonar sus libros y su trabajo Abé, continúa colocándose diariamente su taparrabos. Y es aquí donde su renombre deportivo adquiere un carácter extraordinario. Se le considera imbatible, en su especialidad la lucha y demás juegos. Se encuentra en la plenitud de sus formas. Posee 1.88 de estatura; aunque no grueso, es toda fibra, marcando en la balanza 91 kilos. Es todo un hércules. Nueva Salem lo ha elevado a la categoría de héroe de la fuerza. No encontrando competidores en el campo atlético, los sale a buscar en los montes adyacentes, entre los rudos leñadores. Y también ha podido con éllos. No hay nadie capaz de clavar el hacha en el tronco de un árbol más centímetros, como lo son sus brazos. No quiere dejar dudas respecto al poder extraordinario de su físico. Con todo lo incómodo que significa, se carga a sus hombros un gallinero, cuyo peso es superior a trescientos kilos, y deja en el suelo tan *pintoresco cargamento*, después de haber recorrido una respetable distancia.

Una lucha y ui proceso

Clary's Grove! Una barriada de la ciudad, con el colorido característico de todo barrio portuario americano. Casitas bajas y claras. Sencillas como las gentes que las habitan. Callejuelas blancas y serpenteantes. Bordoneadas con el cordón amigo y bueno de *los árboles verdes. Hay como en los arrabales de todas las ciudades* del mundo, muchachones desocupados y guasos. Dispuestos siempre a la tosca humorada. Tienen constituída su gavilla que entretiene sus ocios con un divertidísimo y económico espectáculo. Consiste en maniatar a cualquier desprevenido ciudadano y metiéndolo dentro de un tonel, lo largan de lo alto de unos barrancones. *Es de imaginarse la poca gracia que causan tales descensos* al individuo que le ha tocado por fortuna caer en manos de estos pilletes. El jefe de esta pandilla, llamado Arsmtrong, muchachote mandibuludo, de simia apariencia, siempre con una carcajada lista para festejar un incondimentado chiste, no puede consentir que haya alguien a quien se le califique el más fuerte de la región. Convencido de que en lucha singular saldrá derrotado, planea la forma de ridiculizar a Lincoln. Nada mejor que someterlo a varias descensos.

Es una noche plateada. Una noche a luz y sombra. Un grupo silencioso escruta con atención. Armstrong es el sindicado para atacarlo. Se lucha. Lincoln lo ha atenazado con su brazo derecho. Los secuaces del atacante la emprenden con el valiente Abe; pero éste, haciendo uso de todos sus medios, sabe defenderse sin soltar su presa, cuya lengua puja por salir del estuche de su boca. Bien pronto se convencen todos que no lograrán nada con el gigante, como no sea enfurecerlo. Los pandilleros se ven en el trance *de desplegar la bandera blanca. A raíz* de este incidente Arsmtrong se convierte en el admirador y amigo más grande del poderoso Abrahán. Años más tarde, Lincoln — abogado ya — en Sangamón, en un célebre proceso, salva de la horca a un hombre. Es un hijo de Arsmtrong...

Invencible el luchador, ingresa al ejército

En Nueva Salem, se constituye un *equipo atlético para competir* con los formados ya y a formarse en las demás ciudades de los Estados vecinos. Lincoln es nombrado capitán en virtud de ser el más completo y meritorio de los atletas que integran el equipo de Nueva Salem.

Toledo, Indianápolis, Cincinnati, Columbus, etc., han admirado la fuerza y destreza del poderoso gigante, el único que regresó a Nueva Salem con el título de invicto.

Una proclama, cual una clarinada en la noche, ha sacudido la paz ciudadana. El temible jefe indio, Halcón Negro, prepara sus huestes. El gobierno necesita hombres valientes dispuestos a derramar su sangre. Entre los primeros voluntarios que acuden al llamado, se encuentra Abrahán Lincoln. Le confían el cargo de capitán de Voluntarios. Tiene sobrados méritos para ello: inteligencia, fuerza y valor ;trilogía del perfecto soldado. Aquí comienza una de las más encarnizadas luchas, sostenidas en pos de la sumisión de los indígenas, de que dan cuenta las páginas de la historia norteamerican.

Thomson, el hombre que venció a Lincoln

Al ingresr Lincoln al Ejército, lo hace precedido de una extraordinaria fama. Se le cree el luchador más fuerte — por sus repetidas hazañas — de los Estados Unidos. Se duda poderle encontrar un adversario capaz de resistir su empuje. Sin embargo un *día le sorprende un desafío. Es del campeón* de lucha de las regiones occidentales. Como Lincoln, también pertenecía al ejército. Se llamaba Thomson. El encuentro queda concertado. Como es de imaginarse, una gran expectativa se cierne en el ambiente. Provoca acaloradas discusiones y hasta se cruzan fuertes apuestas. Lincoln no deja de poner de manifiesto su fe en el triunfo y más aún, afirma que derrotará fácilmente a Thomson. En un ambiente caldeado la lucha se inicia y bien pronto Abrahán se da cuenta que su adversario no es tan fácil presa como lo había supuesto. Lincoln sufre su primera caída y vislumbrando su derrota se dirige a sus amigos: "Es el hombre más fuerte que me ha enfrentado, creo perderán las apuestas a menos que me mantenga a la defensiva". Vuelven a la lucha; esta vez cuidando de zafársele a su contricante ,hasta encontrar una oportunidad propicia para emplearse, pero en uno de sus hábiles movimientos Thomson logra engancharle la cabeza. Lo arroja al suelo. Al caer Lincoln ,lo hace también aquél, eso sí, en forma ventajosa. Con estas dos caídas de Lincoln, queda definida la lucha. Pero sus amigos pretextando que la segunda ha sido dudosa empiezan a proferir insultos contra el árbitro y parciales de Thomson. (Ya en aquellos tiempos era arriesgado ser referee!...) Agriados los ánimos, la lucha amenazaba tomar carácter general, cuando se yergue en medio del tumulto, no sin dificultad, Lincoln, y levantando los brazos impone serenidad, exclamando con esa honradez que le fué tan característica en todos los actos de su vida: "¡Muchachos!, este hombre me ha echado al suelo la primera vez de un modo indiscutible y también esta segunda vez; mi caída ,aunque no lo parezca, ha sido completa. Thomson me ha derrotado!"...

Así fué vencido Abrahán Lincoln. Ese hombre excepcional que encerró con su vida esta trilogía: primero en las justas deportivas, primero en los campos de batalla y primero en las lides políticas.

Si el brazo armado del fanático Wilkes Booth, que disparó contra quien tuvo el honor de ser por dos veces presidente de uno de los países más poderosos del globo, no hubiera logrado lo que desgraciadamente consiguió, estoy seguro, que esa preciosa vida, se hubiera apagado mucho más allá de los 56 años. El dios de los Esclavos, a esa altura de su vida ,era poseedor de una salud digna de envidia.

ALFREDO SANTOS PRESSACO

★ EL CORDON ★

FERNANDO Conde de Vargas, de niño sólo conoció el cariño y la solicitud de sus tías maternas, las de Tristán, pues sus padres murieron siendo él aún una criatura; estas tías, solteronas ambas, fueron criándolo en la religión de sus mayores, devotos todos del Dios Apellido y de San Pergamino. Pocos amigos tuvo en su pueblucho de provincias, en razón de que pocas familias de alcurnia había en él; jamás sus tutoras permitieron que el pobre Fernando tomara contacto con los muchachos del pueblo, y fué así cómo no llegó a conocer ninguno de los juegos infantiles, mas, en cambio, desde que aprendió a caminar, supo de memoria los actos heroicos en que fueran protagonistas sus nobles antepasados. El rescate y la rayuela eran para él pecados mortales y un día que encontró junto a la vieja casona de sus tías un trompo, creyó que era un limón seco. tan poco lo conocía.

Aprendió las primeras letras en su pueblito, bajo la dirección de un viejo maestro rural, y a los doce años fué enviado por sus tías a la capital de la provincia, a fin de que siguiera estudios superiores; paró en casa de una familia de antigua amistad con la suya y como ella de limpio abolengo. A los diez y siete años regresó a su pueblo, más instruído, más cetrino, más retraído y también más infatuado.

Luego de unos meses de respirar el halo histórico de sus buenas tías, Fernando emprendió viaje a la capital del Reino, dispuesto a doctorarse en leyes y darle, si así fuera posible, mayor lústre a su ya linajuda al*curnia*.

Seis años estudió, habiendo conseguido sólo llegar al tercer curso de su carrera; pero a pesar de eso, y debido a la inaudita constancia de sus tías, que no dejaron un minuto de escribir a todos sus parientes y amigos solicitando ayuda para el *oscuro estudiante, éste fué nombrado* en un cargo diplomático.

En su pueblo, sus excelentes tías y colaboradoras, rugieron de alegría, lloraron con la solemnidad debida e invocaron los manes todos de sus ascendientes en pro del triunfo del novel diplo-
... ambas escribieron a Fernando y ambas le aconsejaron
... su muy noble patronímico el no menos noble y expectable
...dre, a fin de estar *más a tono con la importancia de su*
...ción, conminándole, asimismo, a que en todo momento
... la ... de conducta digna de los Vargas y los

...or su empaque y su
...e lo obligó a acudir
...; en ellos cifraba
...su afán de imitar
...rrotipos que sus
...reía encontrar-
...n sus caras de
...le museo.

...reino amigo,
...a.

...GUST...

...daron en saber sus apergaminadas tías que su sobrino, el gran Fernando, en atención a sus notables condiciones, había sido condecorado con la Cruz de San Malaquías y el Cordón Bleu de la Orden de San Tón. Al poco tiempo lo agraciaron con el Cordón Rouge de los Caballeros de Primera y no había transcurrido un año de tal distinción, cuando su patria le otorgó el Gran Cordón Violeta y el reino en que estaba destacado le confirió la Cruz del Sur y el Cordón del Noroeste, en virtud de los eminentes servicios que tal vez un día llegara a prestar el joven Conde.

El novel diplomático se hizo famoso en todas las esferas por tales distinciones; su pecho se hallaba materialmente cubierto de medallas y cordones de los que no se desprendía nunca y por los cuales llegó a tener mayor veneración aún que por sus excelsos antepasados

En el Conde de Vargas y Tristán los cordones se habían convertido en una obsesión, y así fué que trató por todos los medios y apeló a todas sus influencias para lograr que su gobierno y los países amigos le concedieran nuevos cordones honoríficos, hasta que llegó un momento en que el pecho del noble Conde resultó estrecho para llevar tantos colgajos ,hasta el punto que, en cierta oportunidad, una marquesa miope se puso a auscultarle, creyendo hallarse ante el escaparate de una tapicería.

Aconsejado por sus ancianas tías, que allí en su pueblito seguían paso a paso la actuación de Fernando, éste resolvió cambiar de estado, en la certeza de que con ello cobraría más solemnidad, y a tal fin dedicóse a buscar la dama que mereciera compartir su vida de triunfos, y solicitó la mano de una niña descendiente de rancios aristócratas.

Todos los periódicos del reino comentaron, en primera página y con grandes títulos, la brillantez de la ceremonia del enlace del conde de Vargas y Tristán y elogiaron sin reservas la gallarda apostura del novio, realzada por el sinnúmero de medallas y cordones que ornaban su cuerpo.

Luego de recibir los plácemes de la Corte, Fernando y su flamante esposa partieron para el pueblo natal de aquél, donde se les recibió con los honores y la pompa debidos a personas de *su rango y calidades. Sus tías, enjutas y almidonadas*, recibieron a la joven pareja con los brazos abiertos, debiendo decirse que ya se habían encargado de inquirir concienzudamente todo el árbol genealógico de la desposada, que, desde luego, fué de su aprobación y las convenció, más que nunca, del verdadero valer de su sobrino.

Un año pasaron los Condes junto a las buenas tías, y cuando, entre las tristeza de éstas y la pesadumbre de los excelentes vecin... resolvieron regresar a la Corte, no lo hicieron solos, ya que lle... *con éllos el fruto de sus nobles* amores, un querube tan ce... mo su progenitor, y a pesar de sus escasos meses de vida ya ... perceptible gesto de fatuidad estereotipado en su fra... gi...

...pital se dió en su honor un baile de g...
en Palacio, y cuentan los qu...
...concurrieron, que el Sr. ...
de Vargas y Tristán s...
...*la fiesta lucie*...
...su pecho el C...
... su primer h...

EL «HARAKIRI»

EN el Siglo XVI, un joven daimio que se llamaba Oda Nohunaga y que vivía en la provincia de Owari, debió suceder a su padre cuando tenía quince años. Se dedicaba a excursiones nocturnas que empañaban la reputación de su familia. Su tutor, un cierto Hirate Mashaide, le presentó una súplica en la cual lo abjuraba a cambiar de vida, y, para apoyar su rogativa, se hizo "harakiri". La historia agrega que Nohunaga se volvió un soberano modelo.

Aun en nuestros días, en el Japón la gente se suicida para hacer triunfar una causa, como si las causas justas tuvieran solamente mártires. *El viejo Japón* no ha muerto. Los samurais se visten de saco, juegan al golf y hasta beben copetines, pero el fondo de la raza permanece intacto.

Cuando el régimen feudal llegó a su fin y cuando el emperador Meiji abrió el país a la influencia extranjera, gran cantidad de señores se suicidaron para protestar por semejante herejía. Despojándolos de sus tierras, al menos se les había dejado el privilegio de morir noblemente.

Aquel que ha despreciado la muerte se torna un genio fami*liar. Su ceniza, piadosamente* recogida, es conservada en la casa donde él ha vivido. El suicida pierde su designación terrestre, pero entra en el panteón sintoísta. Su nombre en la eternidad es inscripto sobre una tablilla funeraria y sus descendientes le rinden culto. El incienso arde sobre su altar doméstico; cada grano de arroz ofrecido es un ruego que lo fortifica en su potencia espiritual. El héroe muerto es más activo que cuando vivía; antes de morir ya sabe que nada tendrá que lamentar. El banquero en quiebra rehabilita su memoria. Lo mismo el estudiante que ha fracasado *en su examen; el criado que deja entrar un ladrón a la casa confiada* a su custodia: todos los que han faltado a su deber o a su honor, no deben vacilar en aplicarse el 'harakiri".

Hace algunos años, un joven estudiante se introdujo sin permiso en el recinto del santuario imperial, para presentar al soberano una petición contra el gobierno. Llevaba sobre sí mismo una bomba que hizo explotar, y así expió, por el suicidio voluntario, su crimen de lesa majestad.

Hay otros motivos para el suicidio, que la vergüenza o la *desesperación. En el Japón se suicidan también por fidelidad*: un sirviente por su amo, una mujer por su marido, un vasallo por su señor.

En la falda de la colina de Hinokicho, yo observaba, frecuentemente, una multitud que se apretaba a la puerta de una casita. Me dijeron que se trataba de peregrinos en tren de visitar Nogisaka, la residencia del general Nogi. Su renombre no me era desconocido; se contaba que el vencedor de Port-Arthur y su esposa no quisieron sobrevivir a su bien amado Meiji, a ese emperador esclarecido que había dotado *al Japón de cañones y ametralladoras.*

Sus suicidios tuvieron lugar según el rito del "harakiri". Los esposos se purificaron y vistieron su "hakawa" de ceremonia; después invitaron a un amigo íntimo a darles el golpe ... así abreviados, pero lo esencial era caer honorable... lante. Comenzaron por abrirse muy correct... abajo hacia arriba; cuando este rito fué... de Kyoto, de filo bien probado, vino a... de todas las precauciones, se enco... manchas de sangre, se cons... crificio.

Así me habían conta... versión del fin del ge... lo habían precipitado...

Nogi había hec... durante la guerra... des. Se dice que... prefirió el suici... pers... mal...